

## Prólogo

### Mala tierra



«**N**o ha llovido ni una gota desde hace días», pensó la chiquilla pedaleando enérgicamente en su bicicleta mientras se dirigía a la tienda del fondo de la calle de su triste barrio. «Como el sol continúe atizándonos así, la noche volverá a ser demasiado calurosa, se nos pegarán las sábanas a la piel y mamá despertará de mal humor».

¡Ah, su madre...! Cuánto habían discutido esa mañana. Hacía tiempo que la atormentaba la idea de que no sentía paz en su compañía. Esa mujer se había convertido con el paso del tiempo en un ser huraño y distante. Solía gritarle violentamente durante los desayunos, reprendiéndola por razones insignificantes que Anne Sophie no sabía cómo analizar. Tampoco sus tres hermanos le procuraban cariño y al igual que su padre, la ignoraban con una fría indiferencia más propia de un extraño que de un familiar cercano.

Anne Sophie lanzó un suspiro hastiado al viento al recordar cómo habían transcurrido las primeras horas de esa suave mañana de verano.

—¡No eres más que basura...! —le había increpado su madre cuando había derramado la leche con el codo en un descuido—. No te haces querer. No sé por qué he tenido que parirte. Si hubieras nacido muerta, estaríamos todos más contentos.

Anne Sophie giró la bicicleta bruscamente hacia la calle que desembocaba a su derecha, para tomar el atajo que la conduciría más velozmente a la tienda de comestibles del viejo Gus. Intentó arrancarse del pensamiento los malos sentimientos hacia su madre, pues sabía que si se dejaba envolver por tales tinieblas, sería presa de la melancolía durante el resto del día.

«¡Qué tonta soy!», pensó soplándose el rubio y molesto flequillo de los ojos. «Ya estoy calentándome la cabeza otra vez con las mismas barbaridades de siempre. Nada me aporta comerme el coco sopesando el poco o mucho cariño que recibo en casa. Al fin y al cabo papá y mamá son personas que como el resto del mundo cometen errores. ¿Quién es perfecto? Tal vez no sea correcto que mamá me pegue, pero sé que sólo lo hace a causa de su tristeza por las ausencias de papá. Y yo... Vaya, quizá sea cierto que soy un poco rebelde».

Una pequeña gota de sudor se le coló impertinente por la comisura de los labios esparciendo por la lengua su sabor amargo. Frenó la bicicleta delante de una señal de tráfico, se secó la frente con una mano y espantó una pegajosa mosca. De pronto un desagradable sonido turbó la paz y el silencio de la calle. La niña giró bruscamente la cabeza para descubrir que tal estruendo provenía del acelerado motor de un coche azul metálico, que, imprudente, se acercaba a velocidad intempestiva. Conteniendo el aliento agarró con fuerza el manillar de su bicicleta, pegó un pequeño y ágil brinco, y logró subirse a la acera. El coche pasó tan peligrosamente cerca de sus piernas, que las faldas se le arremolinaron sobre la cara, dejando al descubierto sus braguitas durante unos pocos segundos. Anne Sophie perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Bruto! —gritó furiosa notando cómo el corazón se le escapaba del pecho. El conductor del vehículo frenó en seco produciendo un estridente sonido de ruedas, dejando tras sí una oscura estela provocada por el deslizamiento del caucho contra el asfalto.

La niña, aún temblando, miró curiosa hacia el coche. ¿Quién conduciría de esa forma temeraria? Se percató de que el conductor del vehículo la observaba ceñudo por el retrovisor, y así descubrió que tenía unos ojos azules como un cielo despejado y unas cejas rubias y pobladas. Anne Sophie aprovechó la ocasión para sacarle la lengua. Se recolocó la falda, suspiró hondo y retomó la marcha pensando que tal vez su padre tuviera razón al advertirle de que últimamente los conductores que transitaban por la zona parecían haberse vuelto locos. El hombre del coche azul metálico siguió clavándole una extraña mirada hasta que la niña lo alcanzó, momento que aprovechó para acelerar de forma infernal y alejarse con violencia por el fondo de calle, perdiéndose al fin tras una pronunciada curva.

—Menudo animal —murmuró la niña—. No me ha atropellado porque Dios no lo ha querido... Menos mal que no me ha pasado nada. Si me hubiera caído, mamá hubiera descubierto que me he escapado del co-

legio en pleno recreo para ir a la tienda de comestibles. Entonces hubieran empezado las preguntas y tendría que haberla mentido para que no supiera que mi intención era comprar cigarrillos. Bueno, la verdad es que ya no me importa lo mucho o poco que mamá me grite...

Esbozó una triste sonrisa al recordar el incidente sucedido la semana anterior a causa de sus escapadas al cuarto de baño con la cajetilla de cigarrillos escondida bajo la manga del jersey. «¡Ah! Esta vez no me pescará», se prometió a sí misma. «A partir de ahora seré más cauta. No quiero que me vuelva a sorprender en el baño con olor a humo en la ropa. ¡Vaya bofetón que me atizó! ¡Y qué dedos más ásperos tiene mamá cuando me pega!».

El recuerdo la incomodó; no quería pensar cosas tan feas de su madre. Además Linda, su amiga de ojos rasgados y trenzas azabache brillante, le había recomendado en el parque de la barriada que no hablara mal de su familia.

Linda era china. Tenía un corazón alegre y disparatado que aportaba templanza a la pequeña y torturada vida de Anne Sophie. Solía invitarla a merendar después de las clases, y en su hogar siempre era atendida con cariño y respeto. A Anne Sophie le agradaba mucho la mamá de su amiga, Pen Lui, quien la atiborraba a delicias orientales que ella misma preparaba en su pequeña cocina. Era tan feliz en aquel hogar que a veces la sorprendía la llegada de la noche; entonces, con gran disgusto, regresaba a su propia casa, no sin antes haber rogado a Pen Lui que la invitase a cenar, cosa que no siempre conseguía.

—¿Por qué siempre te haces la remolona a la hora de regresar a tu casa? —le preguntó un día Linda, mientras se bañaban en la piscina de plástico hinchable que Pen Lui había regalado a sus hijos por navidad.

—Me siento bien a vuestro lado. Tu mamá es muy buena, y la mía..., bueno ella me trata muy mal. A veces me golpea si llego cuando ya el sol se ha ocultado. Creo que no me quiere.

—No es bueno que la critiques... —le había contestado Linda mientras introducía sus largas trenzas azabache bajo el gorro de nadar—. La mía a veces también me regaña. ¡En casa no somos santos!

—Vale, pero no te pega...

Linda clavó sus ojos achinados en los de Anne Sophie y suspiró profundamente.

—Bueno, un día perdió los nervios y me gritó hasta quedarse afónica...

—No es lo mismo.

—¡Bah! No le des más vueltas, Anne Sophie —replicó su amiga algo incómoda—. Al fin y al cabo es tu madre...

—Si tú lo dices...

Anne Sophie sospechaba que Linda no la entendía bien y eso la disgustaba. Era su única amiga además de Jay-Jay, otra niña oriental del barrio, cuya familia había emigrado de Japón hacía pocos años. Era a ambas a quienes confiaba sus más íntimos secretos y con quienes templaba su tristeza y desahogaba sus temores. En sus pequeños hogares y junto a esas madres orientales, Anne Sophie podía buscar la paz que en ningún otro rincón encontraba, y por ello procuraba ser invitada a jugar en ellos siempre que fuera posible.

A diferencia de Pen Lui, la madre de Jay-Jay se mostraba algo más distante, debido quizá a la incomodidad que le había provocado presenciar en varias ocasiones los vapuleos y malos tratos con los que la madre de Anne Sophie trataba a su hija.

Un azote de aire caliente se le coló por el cuello de la blusa cuando alcanzó una bajada pronunciada.

—¡Qué calor más asfixiante! —se quejó en voz alta—. ¡Y qué boba y sentimental soy a veces! ¿Por qué me empeño en remover los sucesos con los que tengo que convivir en casa? Quizá Linda tenga razón y sea cierto que soy una exagerada.

Anne Sophie, de largo pelo dorado y ojos verdes aceitunados, pedaleó vigorosamente para lograr atravesar la calle tras comprobar que no transitaban más coches. Desde hacía cierto tiempo se ejercitaba físicamente con su bicicleta; había descubierto que la ayudaba a menguar el dolor que en su alma se almacenaba cuando cavilaba sobre su insostenible situación familiar. Frenó la bicicleta frente a la tienda de comestibles, la aparcó junto a un árbol y se estiró la falda desaliñada. Se acercó tímidamente al gran escaparate para descubrir que el bueno de Gus acababa de colocar un montón de barras de pan caliente tras él. Desde dentro le llegó el sonido de una canción del grupo musical «Los Beatles», un cuarteto británico que había comenzado a pegar muy fuerte en Estados Unidos y del que todas las emisoras de radio parecían haberse enamorado. Jay-Jay le había confesado que estaba loquita por uno de sus componentes, un tal John Lennon, al que había jurado en su corazón amor eterno, y cuyas canciones había memorizado como un papagayo.

—Algún día se casará conmigo —repetía mientras tarareaba las melodías poniendo los ojos en blanco.

Anne Sophie sonrió al descubrir al viejo Gus canturreando también una de tales melodías tras el cristal de su tienda. Pegó la nariz al frío vidrio y se relamió. El brillo del cristal le devolvió su propio reflejo y se estremeció al descubrir la imagen infantil que representaba. «Dios mío», se dijo avergonzada. «Así no evitaré las preguntas impertinentes de Gus sobre mi verdadera edad...». Se apresuró a corregir la situación deshaciéndose la coleta y agitando el pelo entre sus finos dedos.

Anne Sophie no podía olvidar el mal trago que había pasado durante su última visita a la tienda de comestibles del viejo Gus. Le había presentado unas monedillas que había ahorrado de su nimia paga, y las había dejado sobre el mostrador de forma desafiante.

—¿Qué clase de chucherías quieres hoy, rubia? —había preguntado entonces el barrigón de Gus desde el otro lado de la caja registradora—. Mira este bote de cristal repleto de piruletas. ¿Te apetece probarlas? Son de menta y fresa.

—¡Qué cosas dices, Gus! —contestó Anne Sophie—. Ya no como piruletas. Eso son cosas de chiquillos.

El tendero sonrió guasón.

—¿Ah, sí? ¡Oh, perdone usted, señorita grandullona!

—Bueno, anda, riéte si quieres.

—Si no me burlo, tontina —contestó risueño colocando un montón de botellas de licor sobre una balda cercana—. Ya veo que te has convertido en una princesa de once años, ¿no?

—Trece. He cumplido trece años —corrigió Anne Sophie algo sonrojada.

—Mmm..., pues vaya. Y con esos trece añazos de chica mayor, ¿qué te puede interesar aquí que no sean dulces?

—Hoy quiero que me des un paquete de cigarrillos.

Gus clavó sus ojillos en los de Anne Sophie y entristeció el semblante. De los cuatro hijos de la familia que habitaba en la esquina de su calle, Anne Sophie era la que más simpatía le despertaba, quizá por haber descubierto el rechazo tan aparente que mostraban los suyos hacia ella. Ello le había llevado a desarrollar con la niña una cierta relación de confianza que le permitió reprenderla por su pedido.

—Anne —dijo—. No deberías comenzar a fumar.

—¿Y por qué? ¿Acaso me moriré a los trece años sólo por haber tragado un poco de aire sucio? —contestó Anne Sophie molesta.

Gus la miró de soslayo y comprobó que había cambiado mucho en los últimos tiempos. Nunca antes le había pedido cigarrillos. Se percató de

que intentaba peinarse como una pequeña mujercita. Había pegado un buen estirón y la cara se le había iluminado con esos rayos de luz que sólo saben brillar en las adolescentes bonitas. El tamaño de los pechos también le había aumentado. Eran aún sólo unas pequeñas protuberancias a medio camino, y con seguridad aumentarían en tan sólo unos meses. ¡La niña se había convertido en una mujercita preciosa!

—Mira, nena... —se atrevió a decir al fin—. Te voy a dar los cigarrillos si me prometes que son los últimos que me pides que te venda. Si de seas seguir con este mal hábito, tendrás que comprárselos a otro.

—¡Qué pesado te has vuelto, Gus! —protestó—. Sabes bien que la tienda más cercana es la tuya.

El viejo se rascó la calva y quedó pensativo unos segundos. Después, algo dubitativo, alargó la mano hacia la estantería del tabaco, tomó una cajetilla de Marlboro y se la entregó a regañadientes.

—No hace falta que me pagues... —murmuró cabizbajo al ver cómo la niña contaba con fervoroso interés las monedillas que había dejado sobre el mostrador—. Guarda la paga en tu hucha. Seguro que la necesitarás pronto para algo mucho más útil que una cajetilla de tabaco.

—¡Gracias, Gus! —contestó la niña esbozando una triste sonrisa—. Te pagaré en cuanto ahorre un poco.

—Anda, vete antes de que me arrepienta... ¡Y procura no decir ni una palabra a nadie sobre nuestro trato o te cortaré las orejas!

—¡Está bien! Eres un buen amigo...

—Y tú una sinvergüenza. Recuerda que es la primera y última vez que te doy tabaco. ¿Me oyes?

Como muchos de los vecinos que vivían en la calle de la familia Saunders, no habían pasado desapercibidos para aquel buen hombre los gritos, las peleas y los portazos que muchas veces se colaban a través de las ventanas abiertas de la casa de Anne Sophie.

Llevaba tiempo sospechando que los amaneceres en aquella vivienda no debían ser fáciles para esa pobre criatura, pues la había visto en demasiadas ocasiones cruzar la calle hecha un mar de lágrimas cuando abandonaba el hogar a horas tempranas para acudir al colegio. Como una escena sacada de una pesadilla, él la llamaba desde su jardín mientras se afanaba regando sus rosas. Gus estaba muy orgulloso de ellas. Cortaba sus tallos con cuidado infinito para decorar los jarrones de su nimio salón y así agradar a su esposa Tina, una irlandesa de armas tomar que a pesar de tener un genio de mil demonios poseía un corazón de ángel. Tampoco

ella ignoraba el pesar que irradiaba de esa niña, y de ello había hablado en infinitas ocasiones con su marido.

—¿Has desayunado algo, nena? —le solía preguntar Tina al verla cruzar por delante de la valla de su jardín con semblante apagado—. Seguro que con las prisas no has probado bocado y así te dormirás como un lirón durante la clase de matemáticas.

—Sí, señora. Algo he tomado...

—A ver, criatura. Dime qué.

—Un plátano con un poco de azúcar y un vaso de leche...

—¡Vaya birria de desayuno! —refunfuñaba ofreciéndole una caja de metal repleta de galletas—. Con sólo un plátano en la barriga, no se aguanta hasta la hora del almuerzo y pronto te quedarás más flaquita que uno de los tallos de las rosas de Gus.

—No se preocupe Tina, de verdad... Si no...

—¡Vamos no seas melindre y coge un puñado, que no muerden!

Pero como la niña no se movía, la gordíflona esposa de Gus agarraba la mochila de un zarpazo, la abría sin pedir permiso a nadie y metía en ella un puñado de galletas. Anne Sophie giraba entonces bruscamente la cabeza hacia las ventanas de su casa, temiendo ser descubierta por la escudriñadora mirada de su madre, pues bien sabía que no era partidaria de que su hija hablara con gente del vecindario sin su permiso.

—No te preocupes —susurraba Gus desde su rosal—, no hay moros en la costa, nena...

—Son ustedes muy amables... —contestaba Anne Sophie acelerando el paso mientras se alejaba del jardín.

—Pobre criatura —murmuraba Tina mientras veía cómo la niña desaparecía tras la verja de la casa vecina—. Algún día se levantará el velo de lo que sucede entre esas secretas paredes, y entonces ahí estaré yo para contar a quien me quiera oír los muchos gritos que he escuchado a esa horrible madre pegar a sus críos.

—No te metas en lo que nadie te llama, mujer —la reprendió Gus desde su rosal.

—¡Tú cállate, jardinero de tres al cuarto! ¿Qué sabrás sobre lo que se debe o no hacer con esa gentuza?

—Pues que cuanto menos metamos el hocico en lo que no nos incumbe, mejor nos irá —refunfuñaba Gus introduciéndose al fin en la vivienda.

Gus pensaba que eran extraños esos padres de Anne Sophie, y sospechaba que de increparlos se metería en un buen lío. ¡Ya lo creo que eran

peculiares, siempre tan esquivos y huraños! La madre, de tez tostada y fuerte acento portugués, no trataba bien a sus pequeños. ¡No, señor...! De mediana de estatura, con caderas insinuantes y ojos verde oliva que la niña había sin duda heredado, utilizaba públicamente un lenguaje hosco y desagradable cuando se dirigía a su hija. Era sin embargo hermosa y atractiva, y contaba con alguna que otra amistad por el barrio, como la que había desarrollado con la madre de la familia de emigrantes italianos que habitaban en la manzana siguiente a su casa. A Gus le desagradaba sobremanera observar cómo maltrataba a su chiquilla. Solía sorprender a esa mujer bonita chillándole o zarandeándola por cualquier causa como si de una muñeca de trapo se tratara. Alguien del barrio le había informado de que aquella dura mujer era hija de emigrantes de las Islas Azores portuguesas, y que su infelicidad provenía de su desgraciado matrimonio. El esposo le había resultado mujeriego, y sus largas horas de ausencia en el hogar debido a su trabajo en una farmacia sacaban de quicio a la portuguesa.

El padre de familia era de carácter tímido y apocado, y no se ganaba las simpatías de los habitantes del barrio. Aparentemente agotado a causa de las broncas conyugales, se mostraba huidizo con los vecinos, aunque se afanaba en repetir en cada pequeña conversación casual a la salida del servicio religioso dominical, que era farmacéutico de profesión y que trabajaba con ahínco en la zona céntrica de la ciudad. Pero aún así no lograba convencer al vecindario de que era un buen hombre, un buen padre o un buen esposo.

Gus se encontraba atendiendo a Ting, el anciano filipino que vivía junto a su numerosa familia al lado de su tienda, cuando vio a Anne Sophie aparcarse de nuevo su bicicleta junto a su escaparate.

—Mira, viene la chiquilla Saunders otra vez —comentó estirando el cuello tras la caja registradora—. Me pregunto a qué vendrá a estas horas, pues si no me equivoco, debería estar en el colegio.

—Se habrá escapado para pedirte tabaco, como siempre —respondió el filipino despectivamente mientras metía en bolsas del papel los comestibles que acababa de pagar.

—Pues esta vez no se lo daré —gruñó Gus—. Ya se lo advertí hace un par de semanas...

—¡Bah! Esa gente es muy rara... —añadió el filipino frunciendo el ceño esperando que Anne Sophie traspasara la puerta de entrada en cualquier momento—. Ayer vi a la madre tirar de los pelos a esta zarrapastrosa en la entrada de su casa. Mi consejo es que no te metas en líos, chico. Dile

que si quiere cigarrillos que se los pague su padre con ese sueldo tan alto que dice ganar en su farmacia.

—Yo nunca le he visto el título universitario colgado en la pared de su salón —murmuró Gus.

—Eso no quiere decir nada... —contestó Ting mientras acababa de meter el último comestible en una repleta bolsa de papel color café—. Yo tampoco tengo un certificado de fontanero y en mis años mozos bien que ejercía.

—Mmm... —murmuró Gus frunciendo el ceño—. No es lo mismo, querido amigo... A mí ese hombre no me da buena espina. Capaz es de habernos mentido a todos. Te digo yo que ése ni es farmacéutico ni es nada...

—¡Pues eso sería muy grave, Gus! —contestó Ting abriendo sus rasgados ojos orientales todo lo que le era posible—. Hay tanta gente loca... ¡Vete tú a saber lo que se le pasará por la mente a ese tipejo!

—Yo no siento ojeriza hacia nadie, Ting... Pero es que en esa casa no tratan bien a esa cría... Mi mujer mantiene la misma opinión y cree que un día se va a armar la gorda.

Gus no era mala persona. ¡Que Dios le librara de ser un mal pensado! Sin embargo se enervaba cada vez que pensaba en los padres de esa niña rebelde y siempre triste, pues aunque no tuviera pruebas claras de ello, albergaba grandes sospechas de que los cuatro hijos de aquel peculiar matrimonio eran chiquillos maltratados tanto física como psíquicamente. Al menos eso parecían gritar al viento los ojos apagados de aquellos hermosos rufianes.

Anne Sophie empujó suavemente la puerta de la tienda y antes de que pudiera reaccionar, se chocó contra Ting, quien la apartó sin remilgos para adelantarse.

—Buenos días... —dijo tímidamente. Ting no respondió. La cubrió con una mirada de desprecio de arriba abajo, carraspeó y escupió un sucio esputo sobre la acera a pocos centímetros de la bicicleta. Después giró sobre los talones y se encaminó arrastrando la curvada espalda hacia su casa, perdiéndose tras una esquina cargado con sus bolsas.

Anne Sophie le sacó la lengua, se metió las manos en los bolsillos de la falda de flores y entró en la tienda para darse de bruces con Gus, quien le lanzó una mirada impaciente.

—No sé qué tiene ese chino contra mí —dijo encogiéndose de hombros.

—No le prestes atención, nena. Es un viejo cascarrabias.

—Es un chino amargado —contestó la niña estirando la mano hacia la balda que sostenía las cajetillas de tabaco.

—Te equivocas —le contestó Gus.

—¡Ah! ¿Que no es un amargado? Pues yo creo que sí... Además, también es un fisgón.

Gus sonrió tristemente.

—No me refería a eso. Si no a dos cosas en las que estás equivocada. La primera es que no es chino, sino filipino.

—¡Bueno! Y qué más da. En este barrio somos todos de aquí y de allá. Hay familias italianas, latinos, rusos, filipinos, chinos... ¡Qué sé yo! La verdad es que ya no sé de dónde viene quién...

—Y la segunda —interrumpió Gus sujetando desafiante la muñeca de la niña con sus fuertes dedos— es que vas lista si piensas que te voy a dar tabaco.

La niña lo miró sorprendida. Nunca hasta entonces Gus le había hablado con un tono tan imperativo.

—Pero yo traigo dinero... Te los pagaré... No tienes que regalarme nada hoy. —La dura mirada del tendero le hizo comprender que no bromeaba—. ¡Ah!, ya sé lo que te pasa... Estás enfadado conmigo por sospechar que conté a mis amigas que me regalaste cigarrillos la última vez que vine por aquí... ¡Pues no se lo dije a nadie!

El viejo lanzó un largo suspiro al aire antes de contestar.

—No, nena. Nada más alejado de la realidad. Simplemente debes recordar lo que te dije en esa ocasión... ¿Acaso lo has olvidado?

Un incómodo silencio invadió la tiendecilla del amigo de la niña. Anne Sophie se ruborizó, cruzó los brazos, y sin pronunciar palabra alguna se dirigió cabizbaja hacia la puerta de salida.

—¡Anne Sophie! —gritó el tendero justo antes de perderla de vista—. ¡No quiero que pienses que estoy en el bando contrario! ¡Lo hago por tu bien! Una niña de trece años no debe fumar...

Pero la niña no respondió. Notando cómo la sangre le invadía las mejillas a causa de la vergüenza, se subió velozmente a su bicicleta y pedaleó con fuerza hacia el lado opuesto de la calle. Si lograba llegar al colegio antes de que finalizara el recreo, nadie se percataría de que se había ausentado. Giró por la primera calle hacia la izquierda, cruzó un paso de cebra y se adentró por una zona menos transitada que la acercaría antes a su destino.

No había dado ni veinte pedaladas cuando se estremeció al oír de nuevo el ensordecedor chirrido de un fuerte frenazo. Recordando el episodio

vivido esa misma mañana a causa de un conductor loco, paró su marcha y se giró defensivamente hacia donde provenía el sonido. Para su sorpresa descubrió que se trataba del mismo vehículo azul metalizado que pocos minutos antes la había adelantado imprudentemente; aquel que era conducido por un hombre rubio de ojos azules como el cielo, que tan extraña mirada le había lanzado desde el retrovisor. Anne Sophie cayó de bruces contra el pavimento dándose un fuerte golpe en las rodillas.

El vehículo paró junto a ella dejando el motor encendido. El conductor, un hombre que podría rondar la treintena, se bajó precipitadamente y se dirigió a grandes zancadas hacia la niña. Vestía casual pero elegantemente y lucía un corte de pelo limpio al estilo militar. Antes de que Anne Sophie pudiera reaccionar se abalanzó sobre ella, la agarró brutalmente del brazo y la arrastró con violencia hacia la portezuela delantera del vehículo.

Anne Sophie dio un grito ahogado al ser lanzada hacia el interior. Se golpeó la cabeza contra el parabrisas y perdió durante un par de segundos la visión a causa del impacto. Cuando la recobró, miró horrorizada hacia la calle suplicando al cielo que pasara algún transeúnte, pero para su desconsuelo no vio a nadie. Intentó abrir la portezuela en un deseo desesperado de escaparse de las garras de su secuestrador, pero comprobó que éste había logrado presionar con gran premura el botón de bloqueo de los pestillos de seguridad. El coche arrancó a la velocidad de la luz, haciendo chirriar las ruedas con un sonido infernal.

—¡¡Gus, socorro!! ¡¡Ayúdame!! —gritó descontrolada viendo cómo pasaban por delante de la tienda de su amigo. Pero Gus nada oyó. Le pareció verlo distraído estudiando unas facturas tras el mostrador.

Entonces dirigió su súplica hacia el perverso conductor, quien fijaba sus azules ojos en la carretera. Parecía poseído por un frenético deseo de huida que reflejaba en una mirada cargada de un odio indescriptible. Anne Sophie nunca había visto a una mirada como aquella.

—¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir! —rogó sintiendo un reguero de lágrimas rodarle por las mejillas.

El hombre no contestó. Se limitó a acelerar más hasta alcanzar la salida hacia la carretera general que les condujo a la autopista.

—¡¡¡Por favor!!! ¡¡¡Se lo ruego!!! —chilló la niña notando cómo le comenzaba a faltar el aire mientras se asentaba en su mente la espantosa realidad de lo sucedido—. ¡No se lo diré a nadie! ¡Déjeme salir! —insistió. Pero antes de que Anne Sophie pudiera volver a hablar el hombre le pegó un gran puñetazo en la mejilla. La niña giró con espantosa veloci-

dad la cabeza, golpeándose la violentamente contra el cristal de la ventanilla derecha. Un pequeño hilillo de sangre comenzó a escapársele por la comisura de los labios. Ahogó el llanto durante unos segundos cubriéndose la boca con una mano. Aquel hombre era sin duda un perverso. Quizá hubiera estado buscando una presa esa misma mañana con la que satisfacer sus enfermos tormentos sexuales. Tal vez tenía que ver con el hallazgo de los tres cadáveres de muchachitas que habían aparecido estranguladas y violadas en las cercanías del aeropuerto de la ciudad. ¡En todos los periódicos se hablaba de ello desde hacía semanas!

Anne Sophie se percató de que la cabeza le empezaba a dar vueltas y de que un sabor a vómito se le agolpaba en la garganta. Comenzó a llorar bajito, temiendo despertar otro golpe violento en los puños de aquel hombre. Lo miró con ojos colmados de súplica, pero con lo que se topó fue con unas pupilas encendidas por un odio que la estremeció. Ni siquiera su madre, en los momentos de mayor violencia descontrolada, la había mirado así.

—Por favor... —rogó la niña temblando como un animal herido bajo una tormenta—. Pare en cualquier sitio... Permítame que baje del coche... No le diré nada a nadie... ¡Lo juro!

Pero cuanto más imploraba, más odio emergía en aquella mirada.

El hombre no pronunció palabra ante las súplicas de Anne Sophie. Parecía conocer a la perfección el destino de su carrera hacia el abismo. El estómago de la niña se encogió hasta hacerse un nudo inquebrantable. Petrificada por el miedo, sospechó al fin que estaba viviendo los últimos momentos de su corta vida. De pronto el conductor comenzó a reducir la velocidad, y en el corazón de Anne Sophie nació la esperanza de que, arrepentido, fuera a parar en el arcén de la autopista. Sin embargo pronto comprobó que el descenso de velocidad se debía a que buscaba una salida de la autopista en dirección hacia el aeropuerto.

«¡Dios mío!», pensó la niña recordando de nuevo los titulares de la prensa que habían estremecido a los lectores durante los meses pasados. «¡Éste es el violador y asesino de aquellas niñas!».

Aquel hombre se acercó lentamente hacia uno de los aparcamientos del enorme aeropuerto. Encontró una de las entradas e introdujo el coche entre las cientos de filas en donde, estacionados en orden, esperaban un sinfín de coches para ser alquilados. ¡Cuántos había y qué doloroso silencio se respiraba entre ellos!

Cuando el hombre encontró al fin un espacio vacío, aparcó suave y silenciosamente. Anne Sophie notó cómo le comenzaba a faltar la respira-

ción. De forma desprevenida aquel pervertido agarró brutalmente su preciosa melena rubia y acercó la cabeza hacia su regazo para presionar la barbilla de la chiquilla contra sus partes genitales. Con terrible disgusto, Anne Sophie comprobó que tenía la cremallera del pantalón bajada.

—Escúchame bien —dijo al fin—. Si decides crearme problemas te mato; necesitaré sólo cinco segundos para romperte el cuello.

Anne Sophie comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Dios mío, ayúdame! —suplicó comprendiendo que ya no podría evitar aquel tormento—. ¡No quiero morir!

De pronto muchos sucesos de su vida desfilaron por su entendimiento a la velocidad de la luz. Y así vio a sus padres, a sus dos hermanos varones y a su hermana mayor; recordó las peleas en casa y las celebraciones de cumpleaños. Por fin, también aparecieron Jay-Jay y Linda junto a sus dulces mamás... El corazón le latía a una velocidad tan desenfrenada que por un momento temió perder el conocimiento. La desagradable náusea que antes le había nacido en la boca del estómago, volvió a invadirle la garganta: «¡Me matará si vomito!», pensó. Entonces se percató de que el hombre comenzaba lenta y parsimoniosamente a desabrocharse el cinturón del pantalón. La niña pegó un grito ahogado e intentó de nuevo, frenética y desesperadamente, abrir la portezuela. Sin embargo, antes de que se diera cuenta... ¡PAM!, otro gran puñetazo le llenó de dolor el rostro. Esta vez el brutal impacto la hizo sentirse como si no estuviera en ese lugar, ni dentro de un coche junto a un extraño que sólo deseaba hacerle daño. Sus sentidos se nublaron, las pocas esperanzas que albergaba sobre una posible liberación se desvanecieron y su pobre alma se rindió, al fin, ante lo inevitable. Todo parecía indicar que el tiempo y el espacio la habían empujado irremediabilmente hacia las puertas del mismo infierno. Ya no pudo gritar, suplicar, ni defenderse más. Ni siquiera podía ver, pues todo en su visión había quedado enredado en un nudo de tinieblas. «¡Señor!», rogó nuevamente al cielo, «¡¡no permitas que muera a causa de la locura de este hombre!!».

Qué poco podía sospechar que ese mismo Dios al que tanto clamaba, la ayudaría a sobrevivir a éste y a muchos otros trances de extraordinaria gravedad; esos que la maldad humana le tenía cobardemente preparados tras la esquina de un futuro no demasiado lejano.



PRIMERA PARTE  
UNA VIDA DIFÍCIL



# Capítulo 1

## San Francisco



**N**o te puedes imaginar lo que me sucedió el otro día... Fue algo tan inaudito que pensé que al fin me había vuelto loca de remate. Parecía tan real, que tuve que aguzar el oído para cerciorarme de que aquel sonido no provenía de mi torpe fantasía. ¡Qué sensación tan extraña me invade cada vez que ocurre este fenómeno! «Vaya, otra vez empezamos con las mismas...», refunfuñé mientras levantaba una ceja. Y es que no me acostumbro a escuchar ese llanto dulce y suave de un recién nacido. ¡Es tan reconocible! Me penetra los oídos, me llega hasta el corazón y me perturba el recogimiento...

Miré con cautela alrededor y observé el comportamiento de los presentes. Sólo unas pocas personas habían acudido a la misa temprana de mi barrio, y para mi sorpresa parecían concentradas en su oración; en ninguna cara atisbé ni la más mínima señal de alerta hacia aquel infantil lamento. Tampoco el sacerdote, quien en ese preciso momento celebraba misa tras el altar, parecía estar oyendo algo inusual. «¡Dios mío...!», pensé ruborizada. «¿Por qué me suceden estas cosas?». Y es que no era la primera vez que experimentaba aquello, querida amiga... No, señor. Puedes pensar lo que quieras y no te culparía. ¿Cómo podría hacerlo si ni yo misma entiendo qué porras me pasa?

¿Que cuantas veces he oído a un bebé recién nacido llorar desconsolado a la vez que un sacerdote consagra la forma? No podría contestar con exactitud, pero sé que ha sucedido en multitud de ocasiones. Ya conoces lo mucho que me turba distraerme justo en ese momento tan especial para mí. A veces es difícil entender a nuestro Dios... Vaya don, regalo, o como quieras llamarlo, me ha concedido. La primera vez que experimenté aque-

llo pensé que un gato se había colado en la capilla... Sí, ¡je, je! Ya ves qué cosas se me ocurren. Siempre me ha parecido que el llanto de un bebé recién nacido se asemeja una barbaridad al maullar de un gato hambriento.

¿Ah, que a ti no? Bueno, hija, pues yo siempre lo he pensado... Y por eso me puse a observar a todos los presentes y vigilé con la mirada cada rincón para ver si lo veía. ¡Pero qué va, hermanita! Ahí no había ni perro, ni gato, ni ratón. Y por eso las personas que habían acudido al servicio religioso esa mañana no parecían percatarse de aquel llanto, pues nadie hacía el más mínimo gesto; ni siquiera fruncían el ceño... Así que me encogí de hombros y esperé con paciencia a que finalizara la misa, se vaciaran los bancos y me quedara sola. Entonces, arropada por la soledad y lejos de las miradas escrutadoras, pude hurgar a mis anchas. Miré bajo los bancos, revolví el confesionario y hasta levanté el paño del altar. ¡Nada! Después de enredar un rato por todos sitios el llanto cesó, y llena de incógnitas acudí con mis dudas al sacerdote, un viejecillo bastante sabio que sé que me tiene aprecio.

—¿Un gato en mi capilla, hermana Anne Sophie? —dijo echándome una mirada de lo más guasona—. Pues sí que estamos buenos. Lo que nos faltaba.

—No quiero que piense que me he vuelto majareta, padre... Es que lo he oído tan claro... —contesté ruborizada. Pero no me hizo caso alguno, amiga mía. ¡Qué va...! Se rascó la calva y salió echando una risilla al aire. Así que no he vuelto a contarle por ahí, no fuera a ocurrir que me tomaran por fantasiosa.

Lo que más me conmueve es que, durante un breve instante, mi corazón conecta con ese bebé que llora desconsolado. ¡Sus lamentos me atraviesan el alma! Y entonces derramo lágrimas a borbotones, porque siento que ese pequeñín me pertenece, que es mío, y que aún sigue unido a mis entrañas a través de un hilo eterno que no podría sesgar aunque quisiera... Se trata de un cordel de amor del que brota una vulnerabilidad tan intensa e inocente que es inevitable sentir el impulso de responder con una caricia, un suspiro o un abrazo imaginario. ¡Ah, ese llanto! Con él me alcanza una tristeza infinita y sutil que me hurga en las entrañas como un bisturí. Y es entonces cuando nace en mí una adoración dulce y total hacia ese bebé cuyo llanto me atormenta... Y lo adoro y deseo protegerlo de todo mal, defenderlo de la crueldad humana y de mis más íntimos recuerdos, aquellos que me torturaron durante una eternidad, y que sólo ahora he podido superar gracias al perdón de Dios y al amor incondicional de las personas que Él ha puesto en mi camino.

Escucha bien lo que voy a decirte, amiga mía: no hay amor que pueda compararse al que siente una madre por su bebé. Es un amor hiperbólico, puro e inexplicable. Ningún otro es tan extraordinariamente perfecto, por mucho que la madre haya padecido con el peor de los partos. Y aquí sigo después de tantos años, sintiendo el amor misterioso de mi hijo dentro de mí, a pesar de haberlo intentado silenciar tras mil muros levantados con rechazo y huidas. Sólo el tiempo y la gracia que me ha sido concedida por Dios han logrado derribarlos y destapar así la caja de los truenos, esos a los que al fin he enseñado los dientes con valentía.

¿Que si creo haber sanado? En muchos aspectos sí, aunque el camino ha sido arduo y espinoso. A veces tan extraordinariamente difícil que creí morir en el intento, porque las cicatrices que deja la maldad humana colgando por el alma de un inocente son gruesas y están mal zurcidas. Si las he logrado remendar ha sido gracias a las expertas manos del mejor cirujano, Cristo, mi Señor, pues sólo a través de su amor, lenta y dulcemente, he aprendido a perdonar a cada uno de los culpables de tan grandes tormentos.

¿Que cómo era mi vida antes de encontrar la fe? ¡Una telaraña envenenada de confusión, amiga mía! Antes de conocerle las heridas formaban parte de una realidad de la que nunca deseaba hablar. El pánico que me producía levantar el velo que las ocultaba en lo más recóndito de mi cerebro podía llegar a ser de gran riesgo para la cordura. Hubiera preferido que me quemaran a fuego lento en una hoguera llena de carbones y chispillas que mentar aquellos incidentes. Mi carrera hacia el perdón ha estado sembrada de tremendos peligros, siendo la desesperación el peor de todos.

La pura realidad es que no fui capaz de mitigar el odio hasta que mi Señor me sacó del pozo de la ceguera, justo cuando el volcán de los malos recuerdos estaba a punto de explotar. Los mantuve años escondidos, tapaditos y a presión, como lo hace un caldo en una de esas ollas que bullen en la cocina de un restaurante de mala reputación. Y esos platos son peligrosos, María, porque un buen día explotan, así: ¡PUM!, y echan todas las hortalizas por los aires pringando hasta a los pinches. ¡Ah! El ser humano es así... Cuando acorrala en una esquinita del olvido las cosas malas de la existencia, tarde o temprano se le escapan, y la propia experiencia me dice que es mejor que revienten en las manos de Dios que no en las de cualquier hijo de vecino, que poca culpa tiene de los abusos que una víctima ha recibido en el pasado. Ahora lo único que importa es que,

al fin, puedo hablar libremente de ello, aunque tus preguntas me arañen un poquito esas heridas que ya estaban cerradas...

No son pocas las veces que he dudado si lanzarme a contarte mi vida precisamente a ti, una mujer extraña de un país lejano de la que nada sabía y que el destino me ha traído como caída del cielo. «¿Seré capaz de revelar a esta tipeja todo lo acontecido?», me preguntaba. Al principio debo confesarte que dudé... Pero tras meditarlo comprendí que mi vida no me pertenece, que nunca lo ha hecho y nunca lo hará; sólo de Dios es, y sólo a Él corresponde manejar sus movimientos. Y por ello te relato mi vida, para que tú se la puedas contar a todas las mujeres que en este herido mundo han pasado por lo que yo. Deben saber de mis labios que hay salida tras su tormento y que con la ayuda de Dios llegarán a convivir en paz con los recuerdos de lo acontecido. ¡Hay demasiadas víctimas desesperadas, aferradas al infierno de lo padecido y necesitadas de consuelo! Por eso te encargo una misión importante, María. Diles que entre tantas tinieblas, por muy nebulosas que sean, existe una luz que nunca las abandonará. ¡Hazlo pronto y ayúdame así a socorrerlas, chica! Y no te preocupes tanto por cosas nimias... Lo único en lo que debes concentrarte ahora es en transmitirles que Dios está por encima de todo lo malo y que, siendo como es infinitamente justo y misericordioso, sabrá reprobar al impío y dar amor y consuelo infinito al humillado. ¡Escribe y hazlo rápido, escritora!! No te turbes ni te apures; yo te voy a contar todo, sin saltarme nada. Que Dios me conceda la lucidez y las gracias necesarias para sabértelo relatar apropiadamente, y que pueda conseguir así llevar esperanza, alegría y paz a aquellas personas que viven inmersas en el pantano de la melancolía.

Ahora me llamo *Anne Sophie*. Sí, sí, no te extrañes. Es que me cambié el nombre hace tiempo. Mis padres biológicos escogieron para mí el de *Mary Elizabeth*, pero es un nombre que hace años que lucho por olvidar...

Como mi intención es la de proteger la intimidad de mi familia biológica, no deseo desvelar el apellido con el que nací, no vaya a ser que un día caiga en manos de mis hermanos este relato y dañe con ello sus vidas o sus reputaciones. ¡Tengo que evitar por todos los medios procurarles dolor! Bastante he tardado en perdonarlos como para lanzarles acusaciones ahora que quizá hayan cambiado, fallecido o simplemente curado sus demencias.

¿Quién sabe si algún día llegarán a leer este testimonio mío? Si se die-  
ra el caso, sólo Dios podrá reparar sus torcidos corazones y sus enfermas  
mentes, pues es obvio que mi familia estaba enferma mental y emocio-  
nalmente. Era un núcleo disfuncional, y desde los cinco hasta los catorce  
años sufrí en mis propias carnes la realidad de un comportamiento per-  
turbador en los estados afectivos de mis padres, de mis hermanos y de mi  
hermana mayor.

Nací en el hospital Santa María de la ciudad de San Francisco (Califor-  
nia), en el año 1954. Mi parto fue normal y gracias al cielo no tengo recuer-  
dos hasta los cuatro años de vida, momento en el que empecé a sufrir las con-  
secuencias de vivir entre los miembros de la familia en la que Dios me dio a  
nacer. Esta realidad condujo mi infancia por veredas empinadas cargadas de  
abusos que me persiguen en forma de fantasmas hasta el día de hoy.

¿Por dónde quieres que empiece? ¡Ah! Que te hable de mi madre...  
¡Uf! Siempre me duele traerla del pasado. ¡Dura mujer! Déjame ver...  
¿Qué es lo que más te interesa? ¿Todo? Pues vaya... A ver cómo lo hago  
para no entristecerme. Me sudan un poco las manos, ¿sabes? Siempre me  
ocurre cuando tengo que esforzarme para hablar de ella... Vale, entien-  
do que es necesario. En fin, vayamos pues...

Para que podamos referirnos a ella sin pronunciar su nombre verda-  
dero, podría llamarla..., mmm..., *Maggie*. ¿Qué te parece? ¿Te gusta, eh?  
Vale... Pues se queda con *Maggie* entonces. Empezaré por describírtela  
físicamente.

*Maggie* era bonita y escultural. Había emigrado junto a mis abuelos  
desde las Islas Azores portuguesas y tenía ojos verdes oliva que sospecho  
he heredado, una tez algo tostada y un carácter agrio. Mi padre (al que  
llamaré *Tom*), era un hombre apocado, silencioso y muy atractivo. Yo lo  
veía con irregularidad, pues pasaba la mayor parte del día fuera de casa.  
Regresaba para la cena y a los pocos minutos de entrar por la puerta ya se  
estaba engrescando con *Maggie*. ¡Qué relación tan turbulenta mante-  
nían! Si hubieras presenciado sus palizas comprenderías el miedo con el  
que teníamos que convivir...

Había luchado como un valiente soldado en la Marina durante la Se-  
gunda Guerra mundial, hecho que supongo le había endurecido un ya de  
por sí complicado carácter. Maliciosamente embustero, coqueteaba con  
asiduidad con un sinfín de mujeres de la ciudad, en donde trabajaba en  
una farmacia de la zona céntrica. Esto producía gran tensión en el frágil  
carácter de *Maggie*, quien tras sus ausencias a causa de sus constantes es-  
carceos solía pagarlo injustamente conmigo.

Mis hermanos tampoco eran niños fáciles con los que convivir... Mi hermana, a quien me referiré a partir de ahora como *Elsa*, era once años mayor que yo. Siempre despegada y fría, evitaba egoístamente tener cualquier contacto conmigo, demostrándome ya desde muy niña un hiriente rechazo hacia mi cariño. Yo vivía buscando desesperadamente su amor y compañía, pero ella jamás me demostró ninguno de estos atributos. No retengo en la memoria ninguna anécdota tierna vivida junto a ella, como tampoco recuerdo haber compartido ninguna confianza o charla con ella. No es que mostrara un comportamiento cruel o agresivo hacia mí; simplemente siempre me dejó claro que no deseaba compartir su vida conmigo. Ni un atisbo de cariño volcó en mí mientras tuvo oportunidad; parecía como si yo no existiera dentro de sus emociones... Me he preguntado infinidad de veces el porqué de su rechazo y jamás he encontrado una respuesta. Cuando se hizo un poco mayorcita se marchó de casa para no regresar jamás, y no quiso volver a contactar conmigo. La última conversación que tuve con ella fue aproximadamente hace veinticinco años vía telefónica; fue entonces cuando me comunicó claramente que no deseaba mantener relación alguna conmigo: «Ni te quiero ahora en mi vida, ni te quise antes», me dijo con una frialdad aterradora. «Nada tengo que ver contigo, Anne Sophie. Lo mejor que puedes hacer es dejarme en paz para siempre». He sabido recientemente que se marchó a vivir a otro estado y, para ser sincera, ya no sé ni dónde está. Tampoco tengo forma de encontrarla, aunque su ausencia en mi vida ya no me duele. Ni siquiera queda ya un resquicio de interés en mí por recuperarla... El daño que me ha procurado en la vida ha sido demasiado profundo y, aunque la he perdonado, ya nada puede hacerme desear volver a verla.

¿Que si éramos creyentes? Verás, éramos católicos, bautizados y todo eso, pero no te creas que practicábamos mucho o con demasiado interés. Rara era la vez que mis padres acudían a la misa dominical junto a nosotros y no recuerdo haberlos visto comulgar jamás... ¡Pero vaya bombo se daban a la salida de la iglesia el día que decidían acudir! Papá entonces entablaba conversación con los feligreses del barrio, ante los que presumía de su puesto de trabajo como farmacéutico en la ciudad. Mamá aprovechaba la ocasión para repetir como un papagayo que nos habían apuntado a una escuela católica, en donde las monjas nos enseñaban todo lo referente a Dios y a la buena moral cristiana: «Somos una familia creyente y unida... Fíjense, mi esposo Tom nació en el seno de una familia protestante, y por amor a mí cambió su religión». Aunque esto era cierto,

mamá mentía constantemente sobre otras cosas. A veces he pensado que toda mi niñez se apoyaba sobre un tremendo puñado de mentiras y secretos oscuros que era mejor no desvelar.

Algunas vecinas escuchaban con admiración (pobres crédulas), pensando que mis padres llevaban una vida éticamente admirable. ¡Si sólo hubieran sabido lo que se cocía entre las paredes de nuestro conflictivo hogar...! Pronto aprendí a descubrir que el catolicismo verdadero no cuajaba con las verdaderas creencias, ni en las mentes, ni en los corazones de mis padres. Sin embargo debo agradecerles de por vida el hecho de que me apuntaran a una escuela católica. ¡Cuánto amor derramaron las profesoras sobre mí en ese lugar! Supongo que pronto se dieron cuenta de que algo no funcionaba bien en mi entorno familiar y por ello me colmaban de atenciones y cariño.

Una vez me ocurrió algo extraño con una de las profesoras. Era ésta una monja jovencita a quien yo adoraba, y que impartía la clase de matemáticas. En el transcurso de una de sus lecciones durante un lunes cualquiera, preguntó si había alguna alumna presente que no hubiera acudido a la misa dominical el día anterior. Con gran apuro levanté la mano, provocando las risitas burlonas del resto de las compañeras del aula. La maestra entonces me miró con ternura y dijo:

—¿Por qué no acudiste, Anne Sophie? Tus padres son muy buenos católicos...

—Es que mi papá cayó enfermo con gripe —mentí, sonrojándome hasta las orejas. No me atreví a contestar la verdad, María... ¡A ver quién se lanzaba a delatar a mis padres y contar que en realidad llevaban muchos meses sin pisar una iglesia!

Solían discutir agriamente los domingos por la mañana, cuando Maggie reprendía a papá por haber llegado la noche anterior ebrio y con sus ropas apestando a perfume barato. Entonces se engrescaban en una eterna trifulca que les impedía llegar a la misa a tiempo.

Mis hermanos y yo nos escabullíamos del lugar del conflicto, intentando no recibir los golpes que inevitablemente nos alcanzaban muchas veces durante su danza esperpéntica. Cuando se producía ese tipo de situación, mi madre reaccionaba expulsándonos de casa con la orden de ir a la iglesia solos. Mis hermanos no obedecían, pero Elsa y yo, temiendo provocar aún más la ira de nuestra madre, escapábamos juntas.

¿Que si me gustaba acudir a la iglesia? *Psi...* Más o menos, aunque no puedo afirmar que disfrutáramos con la celebración, pues hacía tiempo que habíamos perdido el sentido de ese sagrado momento, siendo inca-

paces de entender el magnífico significado de cada una de las partes del santo oficio de la misa.

Hoy veo con claridad lo muy alejados que verdaderamente se encontraban mis padres de ese Dios al que presumían conocer. ¡Qué equivocados estaban con respecto a la figura de Cristo! No eran católicos de corazón, y las pocas veces que acudían a misa se debía más a un deseo de figurar ante los vecinos del barrio que al impulso de orar a causa de sentir una fe verdadera. Hoy creo entender que lo hacían sólo porque les aportaba cierta seguridad el dejarse ver orando en la iglesia. Quizá en sus trastornadas mentes pensaban que los feligreses los aceptarían con más benevolencia. ¡Cuánta falsedad e hipocresía almacenaban sus pobres almas desequilibradas! La gran confusión que reinaba en su espiritualidad se unía al resto de las equivocaciones que dirigían todos los demás aspectos de nuestras pobres y oscuras vidas.

Luego te hablaré mucho de mis hermanos varones, pero ahora siento que debo relatarte algunas cosillas sobre mis abuelos.

Los padres de Maggie eran mucho más buenos que su hija o su yerno. Provenían de las Islas Azores y trabajaban como granjeros en una pequeña hacienda del Valle de San Joaquín, a donde me invitaban durante las vacaciones estivales. Mis hermanos no venían, y no sé por qué... Quizá mi madre no deseaba separarse de ellos durante el verano. Ya te he dicho que, de los cuatro, a mí era a quien más maltrataba y rechazaba. Verdaderamente no los echaba de menos cuando me dejaban con los abuelos en el campo.

Recuerdo que pasaba los días veraniegos jugando por el valle que rodeaba la granja. ¡La naturaleza era hermosísima! Todo era salpicado de color en el Valle: el de las flores, los animales, los riachuelos... Me podía pasar el día corriendo de aquí para allá, persiguiendo mariposas y dando brincos entre las vacas, enredada entre el calor ardiente que se colaba por las ramas de los árboles. ¡Qué felices recuerdos tengo de aquellos veranos!

Los más claros del abuelo vienen de la época en la que anduvo con muletas a causa de una cornada que le propinó un toro mientras paseaba un buen día tranquilo por el campo. Este accidente le dañó de forma irreversible la columna y sufrió terribles dolores durante el resto de su vida a causa de ello. Siempre recordaré el gran amor que me procuraba y con el que yo le correspondía. Él me evitó muchos palos de mamá durante mi niñez hasta que se lo llevó el Señor al cielo a causa del cáncer cuando yo estaba por cumplir los seis años. Lo quise mucho... ¿Sabes? Me protegí

del abuso a que me sometían los míos y siempre se mostró conmigo cariñoso y tierno. Le encantaba verme reír y me pedía que bailara para él o le cantara canciones bonitas. También le agradaba que me sentara sobre su regazo y entonces me relataba cosas de su vida pasada en las Islas Azores y pequeños recuerdos de su juventud.

A pesar de que no había más niños en la zona con los que jugar, jamás me sentí sola. Ya te he dicho que disfrutaba de la compañía de los animales, ¡y tenía muchos entre los que elegir! Estaban las vacas, las gallinas, las mariposas y los lagartos...

Sólo una vez vino mi hermana en medio de un verano de forma totalmente inesperada. Yo me alegré de verla (¡ansiaba tanto su cariño!). Pero no me hizo ni caso. Se pasó el resto de las vacaciones hablando con la abuela o leyendo en el porche. Nunca me ha amado... ¿Sabes lo que me dijo la última vez que hablamos? Pues *que no volviera a llamarla jamás, que nunca me había querido; no tenía ganas de conocerme y no le interesaba nada sobre mí o sobre mi pobre vida*. Sus palabras me hirieron como si se tratara de puñales hincados en la piel, pues ya te he dicho que siempre había ansiado recibir su cariño. Desde entonces y hasta el día de hoy, nada he vuelto a saber de ella.

La abuela, esposa de este abuelo a quien tanto amé, no hablaba ni una palabra de inglés y se mostraba fría conmigo, aunque debo admitir que retengo en la memoria un suceso que con el paso de los años me ha hecho comprender que me quería, y que tal vez esa frialdad que mostraba conmigo se podría haber debido más al problema del idioma que a otras razones. La anécdota que voy a relatarte aún perdura en mí con un reflejo muy vivo, a pesar de que me sucedió cuando tan sólo contaba cuatro años... Ya sabes lo que son los niños tan pequeños: imprudentes, divinos y poco sabios. Y como yo era de lo más corriente y no sobresalía en inteligencia, salí al jardín de nuestra casa y sin saber cómo ni por qué me fui paseando calle abajo hasta que me alejé de nuestro vecindario. Anduve bastante camino hasta que llegué a un parque. Recuerdo que en el parque había atado un caballo a una cadena. ¿Y qué haría un caballo atado en mitad del parque? A veces he pensado que debía de pertenecer a un señor que arrastraba el carrito de los helados, aunque no recuerdo haberlo visto ese día con su precioso manjar de diversos colores. Y así, encerrada en mi mundo de niña, enredé feliz todo el día por ahí solita y a mis anchas. Por fin alguien me reconoció como la hija de la familia Saunders, me tomó de la mano y me devolvió a casa.

Cuando llegué me encontré a Maggie loca de ira. Me arrastró salvajemente por el pelo hacia su dormitorio y me lanzó brutalmente sobre la

cama. Inmediatamente después se quitó uno de sus afiladísimos zapatos de tacón, le dio la vuelta sobre la mano y dirigió con terrible crueldad el pico del tacón hacia mi cara. Hasta el día de hoy me parece verla clavándome esa mirada enredada en sentimientos de furia y venganza... Quedé petrificada al ver que, a una velocidad terrible, ese tacón tan afilado se lanzaba sobre mí, por lo que me protegí la cara con ambas manos. Justo cuando ese tacón iba a hacerme en la cabeza un sinfín de heridas, la abuela cogió a mamá con fuerza de la muñeca, impidiendo que descargara su castigo sobre una niña tan pequeña. Ese día Maggie estuvo a punto de pegarme con una crueldad terrible y siempre agradeceré a su madre el que me defendiera de tal atrocidad.

A los padres de papá, en cambio, los vi muy poco. Ambos provenían de las montañas de Alabama, eran protestantes y se habían divorciado antes de que yo llegara al mundo. El padre de papá se casó varias veces más a lo largo de su vida, y cuando murió fue terrible descubrir que... ¡se había casado con otras mujeres sin divorciarse de las anteriores! En otras palabras: ante la ley había sido polígamo. Todas las mujeres con las que se había casado descubrieron la verdad en su funeral. ¡Qué bochorno tan grande pasaron mis padres y las diversas esposas de aquel sinvergüenza! Mi abuela (la madre de mi padre), miraba perpleja a todas aquellas mujeres que juraban ser esposas legales de su marido. ¡Qué cosas, Dios mío...! La verdad es que no recuerdo haber visto otras veces a mi abuela paterna... No mantuvimos el contacto con ella debido a que ella y Maggie no congeniaban, se disputaban el amor de papá y la falta de contacto terminó por deteriorar nuestra relación.

¿Quieres que te hable un poco de mis hermanos varones? ¡No fueron tampoco niños felices junto a mis progenitores! Qué duro trago debo pasar al hablarte de ellos... Aunque pensándolo bien, si no lo hiciera te perderías más de la mitad de mi niñez... Y eso no puede ocurrir. Tus lectores merecen saber la verdad. ¿O no?

*Bruce* era ocho años mayor que yo y *Alex*, el benjamín de la familia, seis años menor. Fue este último el que me procuró un poco de cariño en mis años de infancia, aunque tampoco se logró desarrollar entre nosotros un amor fraternal normal debido a que durante la terrible época en la que *Alex* era un bebé, yo ya había comenzado a ser víctima de abusos sexuales tanto en el vecindario, como en casa por parte de mi hermano *Bruce*.

¡Qué terrible época esa, en la que los tormentos eran el pan de cada día en mi pequeña vida...!

Nuestro barrio se podría describir como «una macedonia de frutas» debido a las mil y una razas que habían encontrado un pequeño espacio en mi país para establecerse. La gente más variopinta se había instalado en nuestra agitada zona esperanzados con la quimera de verse protagonistas del famoso «sueño americano». Quizá por ello los primeros amiguitos que logré hacer en nuestra calle fueron italianos, japoneses, chinos, rusos, latinos y filipinos. Se trataba en definitiva de chiquillos que jugaban por las calles colindantes, siempre reflejando en sus pequeñas caras o en sus humildes vestiduras los pocos lujos y la necesidad económica en la que sobrevivían.

Recuerdo que mi madre no me reprendía a causa de la elección que pudiera hacer de amistades. ¡Pero ay de mí si se me ocurría acercarme a algún muchachito de color...! En su alma albergaba un extraño rechazo hacia este tipo de personas. ¡Y luego presumía de no ser racista y de ser una gran católica! «¡Como vuelva a verte hablar con ese zarrapastroso hindú, te mato de una paliza!», amenazaba. Altiva e inmersa en una gran confusión psíquica y social, sí desarrolló, en cambio, amistad con alguna de las familias de procedencia europea que habitaban en nuestra manzana, como aquella italiana cuyo hijo tanta desgracia provocó a mi vida.

Nuestra calle estaba situada en lo alto de una colina en los suburbios de la ciudad de San Francisco y, aunque humilde, estaba rodeada por un pequeño bosque de eucaliptos de enorme frondosidad y belleza. Aún me parece percibir la fragancia que inundaba la casa, cuando al amanecer se colaba por las ventanas el olor a menta que traían las hojas mecidas al capricho de la brisa primaveral.

En mi hogar nada hacía parecer que económicamente viviéramos más holgados que aquellos zarrapastrosillos que habitaban a lo largo de esa calle con olor a eucalipto. Los gritos, las peleas y los portazos delataban las constantes guerras que se entablaban cada día entre nuestras paredes. La razón principal por la que tanto discutían Maggie y Tom era el nimio poder adquisitivo que conseguía mi padre en su misterioso trabajo. No puedo decir que nos faltara el alimento básico, aunque sí que sufríamos a causa de la ausencia de dulces y de esos caprichillos que a los niños tanto les agrada saborear.

Los desayunos consistían en plátanos y leche, y con ello nos debíamos de conformar. En cuanto al resto de las comidas, bueno..., mamá no mostró nunca interés culinario alguno, y por ello los guisos eran siempre básicos y lo suficientemente nutritivos para que no enfermáramos con demasiada asiduidad. Maggie tan sólo se esforzaba en preparar algo más

sabroso cuando teníamos el privilegio de recibir alguna visita, hecho altamente infrecuente durante aquellos días. Si entrábamos en la cocina o tocábamos algún alimento, se ponía como una energúmena. Fíjate: no nos estaba permitido, bajo ninguna circunstancia, entrar en la cocina sin su estricto consentimiento. Ya podíamos estar sedientos que no se nos ocurría traspasar la puerta para alcanzar un simple vaso de agua. Mamá había creado una regla de oro en este sentido, ¡y pobre del que se atreviera a desafiarla desobedeciendo! Quizá se tratara de una extraña fobia... No lo sé... Como lo que le ocurría con la mayonesa o los aperitivos (aceitunas, los pepinillos o esas cebollitas dulces que se suelen utilizar para acompañar ciertos platos y que les aportan tan rico sabor). ¡No nos permitía que comiéramos ese tipo de delicias! Pero no te creas que la prohibición se limitaba a las cuatro paredes de nuestro hogar. ¡Qué va! Su repulsa hacia ese tipo de alimentos iba más allá del entendimiento. Ni en casa, ni en ningún lugar del mundo nos dejaba probarlos, simplemente porque a ella no le gustaban. ¡Se negaba a que disfrutáramos de cosillas ricas si el sabor no era de su agrado! Así en casa nunca había, por ejemplo, mayonesa. Y si por algún casual aparecía yo por la puerta finalizando a mordisquitos un sándwich al que me habían invitado en casa de mi amiga Jay-Jay, untado con alguno de esos productos prohibidos, lo echaba al cubo de la basura de un zarpazo. ¡BUM! Así de claro.

Se comportaba también erróneamente en otros campos emocionales. ¿Deseas que te relate alguna anécdota en este sentido? Veamos... Mmmm. Bueno, a mí siempre me sorprendió que no mostrara jamás interés alguno en compartir mis juegos o en estar atenta a mis necesidades. Sólo puedo recordarla entregando algo de cariño a mi hermano mayor, Bruce, a quien sólo a veces prodigaba alguna caricia.

Elsa también sufrió el desdén maternal que a toda niña perjudica, pero no recuerdo que mamá fuera agresiva o violenta con ella. Realmente, de los cuatro hijos que tuvo, sólo me golpeaba a mí, fuerte y con crudeza, con una siniestra saña que hasta el día de hoy me hace estremecer... ¿Y qué hacían mientras los demás? Pues mirar para otro lado, incluido papá, siendo un hecho innegable el desprecio, el odio y la repulsa que por una misteriosa razón que jamás comprenderé, mostró éste también hacia mí.

Muchas veces a lo largo de mi vida me he preguntado por qué mamá me amó tan poco, o por qué me trató de forma tan diferente a los otros tres hijos que tuvo con papá. Su idea sobre lo que debía ser una educación hacia mí se basaba en echarme de casa todas las horas posibles del

día, sin supervisión, alimentación o vigilancia. Hoy sé que mi pobre mamá sufría de un trastorno emocional y psíquico grave, pues no he podido encontrar otra explicación hacia su terrible comportamiento.

¿Que intente recordar alguna cualidad o virtud en ella? Me pides algo difícil, María. No, no puedo... Lo he intentado millares de veces y con todo el dolor de mi corazón soy incapaz de recordar algún aspecto positivo que caracterizara su temperamento.

Fíjate lo que me viene ahora a la cabeza. Es una anécdota más entre las muchas que me enmarañan las heridas... Ocurría cuando se celebraba en casa algún cumpleaños. ¿Sabes lo que hacía Maggie? Pues que se esforzaba desmesuradamente en impresionar a las mamás invitadas, pero lo hacía más por un tema social que por agradarnos. Maggie pensaba que las madres de los niños invitados la apreciarían algo más si hacía esas pequeñas fiestas... Sin embargo, también en estas ocasiones mostraba otra pincelada de la verdadera situación de su pobre estado psíquico, pues exigía toda la atención hacia ella, afanándose en abrir personalmente los regalos, no permitiendo ni a Alex, ni a Bruce, ni a mí tal privilegio. ¡Qué situación tan extraña provocaba! Parecía desear que el mundo entero la felicitara en vez de a uno de nosotros... Para mí se convirtió en un suplicio el hecho de cumplir años por este tipo de motivos; eran días de extraordinario dolor, sedienta como estaba de recibir amor.

Mira María, sé que yo no tenía problemas para dar amor, pues siempre sentí dentro de mí un enorme pozo lleno de sentimientos de ternura que deseaba compartir, entregar o regalar a los demás. Pero encontrar a alguien en casa que estuviera dispuesto a recibirlo..., ¡uf! Eso ya era algo muy distinto. También era un imposible sentirme amada por mamá. Ser la diana de su amor fue una quimera heroica imposible de alcanzar.

Recuerdo que una vez enfermé con graves fiebres reumáticas. Debía de haber cumplido los cinco años, pues ya iba al colegio, ese centro católico del que ya te he hablado y en donde encontré ternura en los corazones de las monjas y profesoras laicas que allí trabajaban. Desgraciadamente tuve que permanecer en cama durante largos meses, pero mamá apenas me visitaba, evitando entrar en el dormitorio que compartía con mi hermana durante toda mi convalecencia. No existía en ella el sentimiento de la compasión. Este hecho provocó en mí gran angustia y un sentimiento de tremenda soledad... Imagínate, ¡una niña tan pequeñita sin ser visitada por su mamá durante el padecimiento de una larga enfermedad! El porqué de aquello no lo sabré nunca...

Preocupada por mi ausencia, la profesora de matemáticas que tanto amor me procuró, vino varias veces a verme durante aquel tormento. ¡Cuánto agradecí sus visitas! Recuerdo que durante muchas semanas me obsequió con pegatinas y cuentos con estampas de colores. «Para que no te aburras mucho, Anne Sophie», me decía besándome la frente. ¡Bendita mujer! Sus visitas fueron las únicas que recibí durante mis largos meses de precaria salud. ¡Cuánto agradecí ese pequeño gesto de amor!

Pasé hambre durante esa enfermedad, ¿sabes? Mamá apenas subía a traerme alimento, así que no me quedaba más remedio que levantarme y, a gatas, bajar al comedor... ¡Era tan agudo mi cansancio! A ras-tras lograba unirme al resto de la familia en las horas de la cena y comía como un pajarito... De no haber hecho ese esfuerzo, me hubiera desnutrido del todo. Tras la cena regresaba a mi cama hecha un pingajo para tumbarme y caer como una losa o un bidón lleno de cemento sobre el colchón; entonces me llegaban desde la cocina el constante gruñir de mamá y sus quejas sobre mi pobre salud. «¡Esta niña no sirve para nada!», vociferaba. Ni que yo tuviera la culpa... ¡Oh, mamá...! Ella creaba una tremenda presión entre nosotros, sus hijos, para ganar sus atenciones. Recuerdo los dañinos celos que se desarrollaron muy pronto entre nosotros cuatro. ¡Todos necesitábamos su aprobación y a ninguno se la daba!

Mi hermano Bruce fue quien más dolor causó en mi vida... Pero eso prefiero contártelo un poco más tarde. Ahora tengo un nudo en la garganta y comienzo a notar cómo se me enmaraña el corazón con este puñado de recuerdos... Si quieres, puedo hablarte un poco más de papá para cambiar de tema...

¡Ah!, ¿te interesa? Bueno, quizá sea mejor entonces que, por ahora, me centre durante un ratito en él. Así me dará tiempo para endurecerme las entrañas y poderte relatar después lo que aconteció con mi hermano Bruce...

¡Qué hombre tan atractivo era mi padre! Había nacido en las colinas de Alabama, en el seno de una familia protestante. No obstante, y como te decía antes, se convirtió al catolicismo cuando se prometió en matrimonio con mamá. Recuerdo que una vez nos llevó de vacaciones en coche a visitar a sus parientes de Alabama. Para variar lo pasé en grande, pues se mostraron cariñosos conmigo y me hicieron la vida agradable. Yo debía tener por entonces unos siete años, y quedé gratamente sorprendida por lo diferentes que eran de mi padre... Lamenté mucho no volverlos a ver nunca más.

Tom me maltrataba también físicamente, pero nunca de manera exagerada o como lo hacía mamá. A ella, en cambio, la golpeaba con terrible asiduidad. Papá no me amaba y siempre dejó bien claro que no le interesaba como hija y por ello me dirigía muy pocas veces la palabra. Era un hombre de naturaleza callada y tímida. Aburrido y enigmático, no jugó jamás conmigo a ningún juego infantil, y tampoco puedo recordar que lo hiciera con mis hermanos. ¡Ni siquiera era amigo de llevarnos de excursión por ahí en su tiempo libre! A mí me mataba por dentro el ver que Jay-Jay y Linda lo pasaban en grande con sus papás. Jugaban a los bolos, las llevaban al circo o a comprar esas madejas de algodón de azúcar que tanto me gustaban y que tan escasamente probaba.

¡Qué violento era en cambio Tom! Tengo la memoria a rebosar de recuerdos en los que lo veía enfrentarse a Maggie con las manos y los puños en nuestra pequeña cocina. La cosa comenzaba a ponerse fea siempre que mamá le reprochaba ásperamente el no haber venido pronto del trabajo el día anterior. «¡Eres un inútil, no sirves para nada, te odio, nunca te he amado...!!». ¡¡Oh, qué barbaridades se llegaban a decir!! Papá permanecía silencioso durante los primeros minutos de la provocación, muchas veces escondido tras las grandes hojas de un periódico simulando no escuchar los insultos de su agresiva esposa. Hasta que hastiado por tanta provocación, ¡PATAPÁM!, pegaba un salto y corría hacia ella con los puños en alto y la sangre agolpándosele en las sienas.

A veces se abalanzaba contra la mesa de la cocina y la volcaba de un puntapié haciendo volar por los aires platos, vasos, sopa y pan. ¡Cómo se ponía el suelo! Luego mamá lloraba, le golpeaba con la escoba, con la fregona, con lo que fuera... ¡Cuántas palabrotas brotaban de ambas bocas! Con el suelo rociado de comida y los gritos inundando la atmósfera, la cocina se transformaba entonces en un pequeño infierno candente en llamas de sufrimiento. Los hermanos salían disparados y se escondían donde podían, ya fuera en la despensa, debajo de la escalera o en el porche de la entrada, mientras que yo inexplicablemente me colocaba entre ambos, pequeña como era, con la intención de separarlos con mis bracitos, aterro-rizada y deseando que finalizaran su propia guerra. Como podrás suponer muchas veces acababa volando por los aires para darme de bruces contra el suelo, el fregadero o cualquier armario.

Después de que Tom se divorciara de mamá (tras muchos años de convivencia), se enredó con una mujer protestante, se casó y murió siendo también protestante. Papá fue un gran mujeriego y durante los años que estuvo casado con mamá se lió con un montón de mujeres gastán-

dose gran cantidad de dinero en ellas y dejándonos a nosotros una ni-mia parte de su sueldo para sobrevivir. Bueno, y ahora que sale a cola-ción, ¡te voy a hablar de su trabajo en la farmacia! Te vas a quedar de una pieza. Mira, si papá mintió con respecto a sus amantes, no te cuen-to lo que hizo con su trabajo. Resultó ser un gran mentiroso, un farsan-te profesional, pues después de muchos años descubrimos que nunca fue farmacéutico. ¡Nos había mentido a todos! A la esposa, a los hijos, a las amantes, a los vecinos... ¡En fin, qué te voy a contar! Pero lo peor no es eso; lo peor son los recuerdos que tengo de él referentes a esa men-tira tan grave.

Era cierto que trabajaba en una farmacia, pero no como profesional de los medicamentos, sino como ayudante para los recados... Sin embargo estar en esa farmacia le dio la posibilidad de acceder a todos los remedios y drogas que se le antojara tomar, y así fueron muchas las veces en las que llegaba a casa con un montón de jeringuillas de cristal que hervía en un cazo con agua. Después me agarraba el brazo y me pinchaba diferentes tipos de remedios y vacunas que juraba que me protegerían contra la po-lio, la gripe, la viruela o el tétano. Yo me escurría de sus dedazos como podía, y por esa causa me llegaba a pinchar más veces de las debidas, pues no paraba hasta lograr su cometido. Hasta el día de hoy sufro de pesadi-llas con aquellas inyecciones; sé que desarrollé una extraña fobia contra las agujas y jeringuillas a causa de esa espantosa actividad de farmacéuti-co clandestino que ejercía mi padre.

Hace relativamente pocos años he descubierto que desde niña pade-cía una enfermedad muy seria: la diabetes. Ni mi padre, ni Maggie lo su-pieron jamás. Los doctores que ahora me atienden me han asegurado que las pruebas realizadas en mi organismo demuestran que soy diabética des-de la niñez, y que a causa de no haber sido tratada debidamente en aque-llos años mi salud hoy es muy delicada, mi diabetes severa y debo vigilar-la muy de cerca. Los síntomas de la enfermedad estaban ahí (por ejemplo la insoportable y constante sed que desde muy pequeña sufría y que me obligaba a beber cantidades desmesuradas de agua a todas horas). ¡De niña mi padre, falso farmacéutico, me pinchaba vete tú a saber qué me-dicamentos y nada de lo que me aplicó servía para cuidar mi diabetes! Hoy no me libro de tenerme que inyectar hasta seis veces al día. ¡Si hu-biera seguido viviendo al lado de mi familia biológica, hubiera muerto con toda seguridad! Lloré muchísimo durante aquellos años de infancia jun-to a ellos... Siempre bajito, escondiendo las lágrimas para no llamar de-masiado la atención, no fueran a verme y a amonestarme por ello.

Pero en el mismo epicentro de todas aquellas tribulaciones que la vida me tenía preparadas, Dios me había guardado, como un haz de luz venido desde el cielo, un gran regalo. Se trataba del único lugar en donde hallaba un consuelo grandioso y bendito, en donde encontraba mucha más paz de la que jamás hubiera soñado. Un lugar en el que conseguía evadirme de todo mi sufrimiento y en donde siempre hallé ternura y comprensión. Sí, lo has adivinado: se trataba de mi pequeño colegio católico. Mientras que todos los niños aborrecen acudir a la escuela, traspasar la verja de su jardín se transformó para mí en visitar un trocito de cielo. ¡Qué gran bendición me procuró Dios escogiendo para mí ese lugar de preparación académica!

Ya te he hablado un poquito de aquella profesora, esa joven que tanto cariño me prodigó. Era monja y se llamaba Sor María Eloísa. Supongo que su olfato sensible habría captado los malos tratos que recibía en casa, el dolor que portaban mis ojos o las mentiras que tenía que soltar sobre mi familia para que nadie descubriera la terrible realidad de mi hogar. Su caridad hacia mí fue tan tierna, que no pasa ni un día sin que rece por ella y agradezca a Dios el haberla puesto en mi camino durante aquellos espantosos años de golpes, abusos y penas.

Pero, ¡ay!, ni siquiera ella pudo aliviarme el dolor que provocó en mi pequeña alma un suceso de terribles dimensiones cuyo recuerdo me viene torturando hasta el día de hoy. Claro está que jamás se lo conté, ni a ella ni a nadie... ¿Que por qué? Pues porque no me hubiera creído..., y de haberlo hecho, nadie hubiera movido un dedo para solventarlo. Quizá fueran el miedo, la vergüenza y el desconcierto los que bloquearon mi mente durante un eterno y terrorífico año, y los que me obligaron a guardar silencio. ¡Qué querías que hiciera, María...! Yo tenía entonces tan solo cinco años, una carita preciosa y un cuerpo infantil, virginal, puro y limpio... Y así permaneció hasta que Maggie comenzó a llevarme de visita a la casa de esa familia de italianos de la que ya te he hablado un poco; esos que vivían en la misma manzana de mi barrio y cuya madre había hecho buenas migas con mamá.

Recuerdo vívidamente cómo ocurrió la primera vez... Maggie había acudido arrastrándome de la mano sabe Dios para qué, pues nada más atravesar la puerta de aquella vivienda, me dejó sola en un cuarto atiborrado de ropa y juguetes. Supongo que sería el cuarto de la plancha de aquel hogar... No lo sé. ¿Sabes que a veces la memoria me oculta detalles específicos de los lugares en donde he sufrido un abuso sexual? Bueno... Pues igual me ha pasado con respecto a este caso particular.

Maggie se quedó charlando en el salón de aquella vivienda con la madre de esos salvajes y perversos muchachos. Yo podía oír su cháchara desde aquel cuarto de baldosas frías y no entendía bien por qué me había llevado consigo. ¡Ni siquiera conocía a los hijos de aquella italiana!

No había pasado mucho tiempo cuando un niño de unos diez años traspasó la puerta. El muchacho me saludó, me cogió de la mano y sin decir palabra me metió en un armario de grandes dimensiones que estaba situado junto a la lavadora. Una vez ahí dentro, cerró la puerta detrás de sí y me bajó las braguitas. Después todo queda borroso en mi mente... No puedo recordar y es mejor así. Aún me parece poder experimentar el terror, el miedo y la oscuridad que me invadían dentro de ese armario..., pero no sé qué me hizo ese muchacho, pues lo siguiente que me viene a la cabeza es visualizar cómo me volvía a subir las braguitas y abría la puerta de ese enorme armario. «Estamos jugando, bonita. ¿Sabes que este juego es muy divertido?», me dijo mientras me alisaba el cabello con sus sudorosas y malolientes manos.

¿Que qué sentí al oír esas palabras? Pues de nuevo un miedo tremendo, aterrador... Sé que no me encontraba nada cómoda con lo que me acababa de hacer e intuía, a pesar de mi corta edad, que lo que habíamos compartido no era juego, sino algo que formaba parte de un extraño ritual basado en un comportamiento erróneo producto de una mentalidad retorcida.

¿Por qué no grité, lloré o escapé? ¡Ah, cuántas veces me he preguntado esas mismas dudas, escritora! La respuesta no ha sido hallada... Lo único que te puedo decir es que después de cada abuso y humillación sexual que he experimentado a lo largo de mi vida ha sido sorprendente mi mutismo. La secuencia patológica del trauma se ha repetido siempre con una monotonía venenosamente mortal: primero venía la consternación acompañada de la vergüenza y después me invadía el miedo, el bloqueo y un deseo irrefrenable de ocultarlo, olvidarlo y enterrarlo en el pensamiento.

¡Qué vulnerable y extraña es la mente, María! ¿Te puedes creer que hasta me he sentido culpable con lo que aquel muchacho italiano me hizo? «¡No debo contárselo a nadie!», me recriminaba. «¿Para qué? Mamá se enfadará muchísimo... Me castigará como lo hace siempre...». Expertos en analizar este tipo de traumáticas heridas psicológicas me pudieron explicar años más tarde que la psique se bloquea ante ellas, dejando sumida a la víctima en una terrible confusión y en un siniestro temor que hasta la cordura más sana se niega a controlar. Sólo la medicación, el consejo y la

supervisión de una persona especializada en el extraño mundo de la psique (un psiquiatra clínico, por ejemplo), puede lograr aliviar el dolor y proteger el estado mental del paciente tras un suceso de tal magnitud.

¿Curarla del todo? No lo creo... ¿Acaso una persona puede obligar al cerebro a borrar todos los hechos? Eso no sucede. El intelecto borra algunos y otros no. Desgraciadamente esos otros se quedan ahí, colgados por el alma y mirándote a los ojos desafiantes, queriéndote echar por los hombros la zarpa de la desesperación. Ya te he dicho que sólo Dios puede temprarlos... ¿Que cómo? ¡Ay, María! Pues con mucha sabiduría celestial, enseñándonos poco a poco y con gran ternura a perdonar a aquellos que lo provocaron. ¡¡Tarea heroica!! ¿No te parece, amiga mía? Te lo digo por propia experiencia... Si lo piensas bien, el hecho de perdonar ya es un gran adelanto. ¿No te parece? Porque si verdaderamente creemos que vivimos esta dura existencia sólo como paso para alcanzar la eternidad, más nos vale perdonar mientras estamos vivos, y no morir llenos de odio y deseos de venganza. Pero que la herida se queda clavada como un puñal infectado imposible de arrancar es algo cierto. Tan cierto como que estás aquí y ahora, mirándome con ojos a cuadros y cara de espanto.



## Capítulo 2

### Bruce



¿**Q**ue qué pasó después? Pues que salí de aquel maldito armario, me dirigí hacia el salón desde donde mi madre cuchicheaba sobre sus cosas y me acurruqué a sus pies metiendo las manos dentro de los bolsillos del delantalito. El corazón me latía a un ritmo desenfrenado y sudaba tanto que el flequillo se me acabó por pegar a la frente. Ya desde la niñez descubrí que mi organismo reaccionaba así siempre que era sometido a un gran estrés, y ese momento crucial padecido a los cinco años no fue una excepción.

No acababa de entender lo sucedido. Ni siquiera podía analizarlo, ya que hasta entonces nada sabía sobre el sexo... Sentía una apremiante ansia por echar cerrojo a mi mente y alejar lo acontecido cuanto antes de mi recuerdo. Te aseguro que una víctima de tocamientos a la edad de cuatro o cinco años sufrirá en el futuro consecuencias terriblemente traumáticas, por mucho que en el momento del ataque ignore todo lo referente a las relaciones sexuales. Se puede suponer que de no consumir la penetración no se producen heridas emocionales. ¡Falso! Sorpréndete si quieres, pero te aseguro que tales daños se dan, que son de gravedad y en muchos casos irreparables a nivel psíquico. Cuando el alma intuye que el cuerpo está siendo sometido a un hecho de características perversas, desarrolla un sentimiento de culpabilidad en la psique muy difícil de definir. El intelecto entonces se siente indefenso y contraataca la maldad provocada escondiendo los hechos en un olvido voluntario, dejando a la psique inmersa en un delicado estado de vulnerabilidad. La mayoría de las veces es capaz hasta de mutilar la realidad a modo de defensa. Y es precisamente por ello por lo que creo que he olvidado ciertos detalles de aquella abominación...

Un cúmulo de sensaciones negativas emponzoñó entonces mi pequeño corazón, abandonándolo a la merced de una incontrolable pesadumbre. Recuerdo que, acurrucada junto a los pies de mi incomprensiva madre, me sentí impregnada de una pegajosa suciedad. Sabía que en mi débil cuerpo de niña de cinco años había culminado un hecho cargado de vergüenza, y este último sentimiento, el de la vergüenza, es el peor de todos los que he llegado a sentir en mi vida. Si te lo digo es porque me comenzó a atormentar desde ese funesto día. Somos viejas enemigas... ¿La has experimentado alguna vez? ¡Ah, María, es algo terrible! Se asemeja a un fantasma negro o a una cueva maloliente. Y es también muy cobarde, porque llega despacito como el que no quiere la cosa, y una vez cerca del corazón, ¡ZAS!, se instala con la intención de quedarse de por vida. ¡Qué pésima consejera es del hombre! Le amarga y minimiza hasta lo indecible.

Cuando pienso que era yo la que había sido ultrajada y que a pesar de ello me sentía culpable, me hierve la sangre. ¿No te parece el colmo? Era una víctima inocente y a pesar de ello me sentía llena de manchas... Me he preguntado mil veces por qué. ¡Qué rara es la psique humana, amiga mía! ¿De dónde provendrá tan ilógica consecuencia tras padecer un hecho reprochable del que no se es culpable? Siempre he pensado que todo se debe a esa maldita vergüenza de la que te hablo.

¿Que si la he vencido? ¡Oh, sí! Logré aplastarla años más tarde a raíz de mi conversión y gracias a eso ya no me atormenta. Por mi fe he entendido que Dios sólo se fija en lo que pueda llegar a amar un alma a pesar de lo que haya sufrido en manos de gentes perversas. Convéncete: sólo se nos juzgará según lo que hayamos sido capaces de amar, y no por lo que nos hayan amado los demás. ¿Te das cuenta de lo poderosa que es esta afirmación?

Quieres que regrese a aquel día... Bueno, poco hay ya que contar. Ya te he dicho que me sentía sucia, pero sé que mantuve la carita lavada y las trenzas bien apretadas durante todo el tormento. Me inundaba una seguridad aterradora sobre mi total inocencia con respecto a ese hecho perverso, y sin embargo al mismo tiempo me estiraba los bordes de la falda pensando que si tapaba mis rodillas podría esconder a los ojos del mundo lo ocurrido y ni el mismo Dios se enteraría. ¡Ah, cuánto tendrán que pagar aquellos que hacen daño a un niño inocente, amiga mía! Ya lo afirmó claramente Jesucristo cuando dijo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25, 40). Te aseguro que tarde o temprano esos terri-

bles pecados se revuelven contra los culpables con brutal saña, porque aunque se hayan escondido lejos de la memoria o del entendimiento, el demonio no los olvidará jamás. Ése siempre los tendrá bien apuntados en su agenda para escupirlos a la cara en el momento menos pensado, bien durante esta vida o cuando el alma tenga que enfrentarse a su propia realidad durante el día del juicio individual frente a Dios. El diablo actuará entonces como el fiscal más bravío, ¡y a ver quién le lleva la contraria! Y por eso siento lástima de las gentes que nunca se arrepienten de nada.

¿Te has preguntado alguna vez cuál es el peor de los pecados? ¡Ah!, que crees que es el de matar... Pues yo no estoy de acuerdo; creo que es el de la soberbia porque es el que conduce a todos los demás, incluso al asesinato. Enfócalo desde este ángulo: por la soberbia se condenó precisamente el demonio, niña. Recuerda que era un ángel predilecto... Y es por la soberbia por lo que el culpable de un pecado de gravedad puede llegar a pensar que ahora no pagará las consecuencias de sus actos debido a que la ley que protege al menor hace aguas por todos sitios. A ése lo esperará un castigo aterrador tras la muerte. ¿Acaso crees que Dios dejará impune a una persona que haya maltratado o abusado de un niño? ¡Pobre del iluso que se crea libre de condena cuando ha cometido un acto así! Dios es misericordioso pero también infinitamente justo, siendo su justicia además eterna. Por ello compadezco al mísero que sueña con que su pecado queda oculto a los ojos de Dios. ¡Vaya chasco se llevará! Di a tus lectores que Dios todo lo ve, a Él nada se le escapa y arreglará las cuentas. Su única oportunidad sería la del arrepentimiento sincero. Sólo un corazón avergonzado y arrepentido se salva. ¡Ya lo creo...!

«¿Por qué vienes aquí, nena?», preguntó la mujer italiana con un tono molesto en la voz. Era obvio que se había sentido a gusto hablando con mi madre de sus cosas y no quería ser importunada con mi asustadiza presencia.

Sin atreverme siquiera a levantar la mirada, me encogí de hombros. Hablar me daba miedo, pues conocía la alta probabilidad de que mamá se ofuscara, ya que nada podía turbar más su templanza que ser interrumpida en un momento de ocio. Ya te he dicho que tenía pocos amigos y ese bien escaso lo protegía con esmero. Por eso no pude contestar... Y porque desde ese día algo en mi pequeño cerebro se había bloqueado para siempre; a partir de entonces perdí la capacidad para comunicarme con soltura, habilidad que recuperé con el paso de los años tras muchas horas de tenacidad junto a un logopeda escolar.

No me mires así... Hay cosas más dolorosas que la pérdida del habla, como sentirme media vida rechazada por mi familia, o las terribles violaciones... Ahora sé que Dios siempre estuvo a mi lado, vigilando y observando lo que yo sufría, tendiéndome su mano amorosa para proporcionarme consuelo en mis tribulaciones. Hoy estoy convencida de que he ganado una gran batalla: la de perdonar a mis enemigos con todo el corazón. No ha sido fácil, pero créeme si te digo que ha valido la pena pues la consecuencia de mi sufrimiento me ha conducido hacia el conocimiento de Dios, y tengo la absoluta certeza de que sólo Él importa. Te lo dice una mujer que ha padecido lo indecible en la vida.

—Esta niña me ha salido muy rara —recuerdo que comentó despectivamente Maggie a su amiga italiana al percatarse de que, sentada a sus pies aquella tarde tras el primer abuso, no era capaz de pronunciar palabra—. Es una consentida llena de caprichos. Sus hermanos son diferentes, más comprensivos...

—Bueno, mujer —contestó la italiana levantándose del sofá al sospechar que no me separaría de ellas—. Se nos ha hecho tarde de todas formas... ¡Cómo vuela el tiempo! Tienes que venir de visita más a menudo.

—Me será difícil cargando a ésta a cuestas. No me la puedo quitar de encima. ¡Menudas ganas tengo de que se haga mayor! Ella es la causa de muchos problemas en casa —contestó Maggie levantándose del suelo por un codo.

—¡Bah! No lo pagues con la niña —añadió la italiana—. Quizá es un poco tímida y como mis hijos son unos brutos se habrá aburrido pronto.

Mi madre echó un suspiro hastiado al aire.

—A ver bonita —me preguntó con dulzura la mujer italiana tomándose la barbilla con una mano—. ¿Te gustará regresar con tu mamá de visita? Espero que te hayas divertido jugando con...

Y entonces nombró al muchacho que había abusado de mí dentro de aquel armario. Es curioso... Aún no puedo pronunciar su nombre sin echarme a llorar. Permíteme por ello que no lo mencione. ¿Para qué? A veces me pregunto dónde estará, si habrá sido capaz de darse cuenta del trauma que me causó. Quizá haya fallecido. Sólo Dios lo sabe...

¿Te he dicho ya que aquel muchacho tenía un hermano mayor? ¡Sí, María! Se trataba de un chaval de quince años que para mi infortunio era mucho más pervertido y depravado que el primero. Él fue el causante de los abusos que tuve que padecer pocos días más tarde...

Al fin acabamos marchándonos de aquella casa, Maggie a regañadientes y yo aliviada.

«¡Eres una terrible egoísta!», murmuraba durante nuestro regreso propinándome collejas. «No me dejas descansar un minuto. ¡Eres una criatura muy extraña, Anne Sophie! Espero que la próxima vez que me invite mi amiga a su casa para tomar un café te portes mejor... Parece que no quieres que me entretenga un momento... ¡Y creo que me lo merezco después de la guerra que me dais tus hermanos, tu padre y tú!».

Escuchar aquello me heló el corazón. ¿Sería Maggie capaz de obligarme a regresar a aquella vivienda? Ante semejante amenaza debí de haberme atrevido a revelar la verdad sobre lo ocurrido, pero nuevamente la vergüenza y el miedo ante la posibilidad de recibir una represalia por parte de aquel muchacho o de mis padres, me bloquearon mente y el corazón. Nada dije. Fue como si guardase todo lo acontecido dentro de un baúl lleno de terribles secretos y me tragara la llave para que nadie fuera capaz de abrirlo. Me convencí de que si no hablaba de ello, Maggie se olvidaría de su amiga, de la invitación y de aquella velada. ¿Quién sabía si todo se difuminaría como aquel paisaje con tizas de colores que alguien pintó sobre la pizarra del colegio el día de San Patricio? ¡Ah, pero eso no ocurrió! Para mi espanto y contra toda esperanza, mamá fue invitada de nuevo a las pocas semanas y tuvo el empeño de llevarme otra vez con ella.

Recuerdo mis pasos torpes y aturdidos por la acera y el corazón laténdome con fuerza camino de aquel suplicio. «Dios mío», rezaba mientras levantaba polvillo con las suelas de mis sandalias. «¡Que nadie me obligue a separarme de los pies de mi mamá!».

Cuando llegamos sentí cierto alivio al escuchar decir a nuestra anfitriona que su hijo pequeño se había ausentado. «Pero no te preocupes que no estarás solita, nena», dijo. «Hoy están jugando en el jardín varios de los chicos del barrio; son amigos de Tim. Ven, te llevaré con ellos...». El tal Tim era el hijo mayor de la familia.

Lo sucedido con aquella pandilla de muchachos perversos durante esa primera tarde es algo que hasta el día de hoy se condensa bajo una niebla oscura... No puedo recordar muchos detalles que sé que han sido borrados de mi memoria a modo de defensa. Pero tengo la seguridad de que pasé por las manos de al menos cuatro chavales cuyas edades rondaban los quince años, y de que me metieron en una tienda de campaña anaranjada que habían levantado en el jardín de la vivienda. Fue precisamente ahí en donde ocurrió algo de una gravedad tan tremenda que no entiendo cómo pude sobrellevarlo siendo tan chiquita...

Mmm, me cuesta hablar de ello, María. Déjame beber un poco de agua. Así... Necesito respirar y buscar las palabras adecuadas. Quizá ordenando las ideas pueda expresar mejor lo que sucedió y lo que sentí. Temo herir con ello la sensibilidad de tus lectores, ¿sabes? Es muy delicado y por ello sospecho que este pasaje no les será fácil de digerir, que se estremecerán y que preferirán pensar que miento, que lo inventé o que soy una pobre loca. Pero yo no te miento, escritora... ¡Más quisiera yo que todo hubiera formado parte de una terrible pesadilla! Lo que pasó, pasó y punto, y Dios me ha ayudado a vivir con ello.

Ahora pido a las mujeres que son madres que no abandonen la lectura en este punto. Han de ser valientes, pues sólo a una madre puede llegar a sangrarle el corazón al imaginar lo que voy a relatar. Intentaré hacerlo expresándome de manera concreta y a la vez delicada... La verdad es que si me he lanzado a contarte mi vida ha sido con la precisa intención de denunciar este tipo de hechos y para que alguien, en algún lugar, encuentre consuelo al descubrir cómo ha acabado siendo mi vida. Deseo que tus lectores se enteren de que he logrado alcanzar la felicidad a pesar de las terribles tribulaciones que la vida me ha deparado gracias exclusivamente al amor que Dios ha derramado sobre mí. Escucha bien, María, vocea al mundo a través de tu escrito que Dios nunca abandona a un inocente y que pase lo que pase, jamás se apartará de su criatura herida. ¡Ah, la libertad humana...! Ése es el gran misterio de Dios. ¿Por qué nos la habrá dado si no somos capaces de utilizarla con corrección? Él regala este gran don al hombre y luego hacemos un uso vergonzoso y hasta criminal del mismo. Hoy sé que Cristo se encontraba junto a mí durante aquellos abusos, padeciendo el mismo dolor que yo experimentaba en sus propias carnes. ¡Todo un Dios sufriendo vivamente por su criatura! ¿Te imaginas lo que debe padecer un padre al ver cómo maltratan a un hijo amado? Un hijo que Él ha diseñado desde la eternidad bajo una mirada de amor infinito, y que ha entregado gratuitamente a unos padres que debían de haber apreciado la llegada de ese ser perfecto a sus vidas como el mayor de los regalos. ¡En mi caso yo era una víctima de tan sólo cinco años! ¿Y qué me dices de aquellos muchachos? ¡Oh, cómo debió padecer el Señor al verlos pecar de esa manera tan aberrante! Niños que también Él había creado para ser felices y para dar felicidad a los demás... ¡Qué gran desconcerto y qué desilusión!

Es muy humano que me digas que Dios podía haberlo evitado. Efectivamente Él todo lo puede, pero no actúa contra la libertad que un día concedió al hombre, que es el don máspreciado que existe después del

de la propia vida. Él nos ama y acepta a todos por igual, a buenos y malos, a víctimas y culpables... Somos nosotros lo que debemos hacer la elección correcta: se ama al prójimo y se le protege siempre y en todo momento, o se le daña, veja y asesina.

¡Ah, quizá lo mejor sea que vaya al grano y cuente lo ocurrido de corrido! Así pasará rápido como el que no quiere la cosa y el dolor de la lectura se le hará más llevadero al lector de tu escrito.

Aquellos muchachos inmundos me cogieron como una jauría de sabuesos y me introdujeron dentro de la tiendecita de campaña. Recuerdo que bajo esas lonas plastificadas de color naranja hacía un terrible calor. El ambiente estaba impregnado de un aire húmedo y pegajoso que me hizo transpirar casi al instante. En pocos segundos descubrí que aquellos rufianes sabían de antemano lo que tenían planeado hacerme, que sería muy censurable y que ello les colmaba de una extraña sensación de poder y prepotencia.

De pronto los acontecimientos se precipitaron de una forma alarmante. Me tumbaron boca arriba, me quitaron las braguitas y me separaron las piernas. El hijo de aquella señora italiana, al que ella se había referido como Tim, y que era efectivamente el hermano mayor del que primeramente me había molestado dentro de aquel armario, me separó los labios vaginales y pidió a los demás que observaran mis genitales. Susurró algo al oído del muchacho que tenía a su derecha, quien casi de inmediato salió de la tienda de campaña mientras el resto se quedaba en silencio, mirando, observando y tocando mis partes privadas. Esa actitud me hizo pensar que Tim era el cabecilla de aquel clan; el resto de los chavales lo admiraban y obedecían con respeto, asintiendo a cada comentario que hacía, sin sopesar las consecuencias de sus órdenes ni la verdadera tragedia del significado de sus palabras.

No habían pasado ni un par minutos cuando el muchacho que había salido regresó apresuradamente con una caja de herramientas en la mano. Los chavales comenzaron a cuchichear bajito, sin embargo yo, bloqueada por el miedo y la vergüenza, no escuchaba ya las palabras que pronunciaban. El corazón me latía cada vez más deprisa y por un momento pensé que desfallecería a causa del terror...

De pronto abrieron la caja de herramientas y Tim se puso a hurgar entre sus recovecos con unos dedos sucios y ágiles. Cada pequeño compartimento parecía lleno de trozos de tela vieja, clavos y mil cachivaches diferentes. «¡Ah, aquí hay uno!», exclamó de pronto. Lo que elevó entre el dedo gordo y el índice era un pequeño objeto que hasta ese momento yo

nunca había visto. Se trataba de un pequeño utensilio metálico parecido a la capucha de un bolígrafo, con unas patas alargadas y algo elásticas. Algunos años después descubrí que no era sino un cabezal de esos que se utilizan para colgar cuadros en paredes frágiles con el objeto de proteger el yeso o la madera de la pared y que se denominan «tacos» en el gremio de la carpintería. El clavo que sostiene al cuadro se inserta en este tipo de casquetes que, a su vez, van insertados en el agujero que se ha hecho en la pared para soportar el clavo y el peso del cuadro.

Los muchachos se pusieron muy contentos con su hallazgo. «¡Aquí hay más!», susurró Tim guardando otra pieza en la palma de su mano y observándola como si de un tesoro se tratara. Y así, entre tuercas, clavos y herramientas fueron descubriendo tres, cuatro y hasta ocho unidades. Después de contarlas las repartieron entre ellos, y para mi espanto comenzaron a introducir las por turnos y una por una en mi pequeña vagina. Yo no podía moverme, ni tampoco gritar o pedir socorro... Mi mutismo y rigidez se debieron con toda seguridad al aturdimiento provocado por el terror. Aquella situación se había convertido en algo sórdido, cruel y muy peligroso tanto para mi físico como para mi psique. En el transcurso de aquella atrocidad mi mente no paró de denunciarme a gritos que aquello estaba mal, que era imprudente y terriblemente incorrecto. No puedo asegurar quién de entre aquellos muchachos insertó y extrajo más caperuzas de mi cuerpo de niña, pero sé que la tortura se alargó durante un tiempo ciertamente extenso. También sé que ninguno de aquellos chavales se quedó al margen de la acción, pues todos quisieron participar de tan siniestra actividad.

Hoy los hechos revolotean en mi mente como un terrible y aterrador suceso. He debido bloquear el recuerdo del dolor físico que aquello me produjo, aunque sé positivamente que sufrí mucho... Desde entonces, cuando debo hablar de lo que sucedió durante esa tarde de calor y sudores extraños, un escalofrío me recorre la espalda y se me hace añicos el corazón. Por ello, cuando estoy en oración pido a Dios ser capaz de lograr perdonar siempre y en todo momento a los culpables de mi terrible pasado, y pongo en sus manos a aquellas personas desconocidas que puedan perjudicarme de algún modo en el futuro. ¡Nunca se sabe lo que el destino puede traer! La vida es muy complicada, María...

¿Que que hacía mi madre mientras sucedía aquello? Pues nada en absoluto. Se quedó en el salón de aquella señora italiana charlando de sus cosas. A veces me llegaban sus risotadas y cuchicheos mientras tomaban un café... No puedo recordar ni una sola vez en la que Maggie viniera a

ver si yo estaba bien, o para comprobar si jugaba feliz o si deseaba mendrar algo.

Este terrible suceso se repitió varias veces... Quizá más de diez, pues desgraciadamente, cada vez que Maggie me llevaba con ella a la vivienda de esta familia, me dejaba al cargo de este muchacho de quince años. Yo siempre lloraba en su compañía y en la de sus amigos, así bajito, bloqueada por el miedo y la vergüenza, y sin saber qué hacer ni cómo escaparme de tal situación. Gracias al cielo un año después de que comenzaran estas horribles visitas, mamá dejó de ir a tomar café con su amiga. No sé si se distanció, peleó o simplemente se aburrió de la señora italiana cuyos hijos tanto pesar trajeron a mi niñez. Lo que sí puedo asegurarte es que el alivio que sentí por no tener que volver allí fue enorme.

En casa, sin embargo, las cosas no cambiaron, diría incluso que se tintaron de siniestralidad. Papá y Maggie comenzaron a pelear más que nunca durante nuestras cenas familiares, en donde presenciábamos lágrimas, miedo y gritos. No era extraño que después mamá nos golpeará como si fuéramos la causa de las infidelidades conyugales y de su eterna tristeza marital. Creo recordar que fue por aquel entonces cuando comencé a padecer pesadillas, miedos nocturnos y palpitaciones. De pronto, sin saber cómo ni por qué, perdí la capacidad para hablar con soltura haciéndose irremediable recibir ayuda extraescolar por parte de un logopeda especializado en este tipo de problemas. Este maestrillo resultó ser un buen muchacho. Pasé dos años junto a él y a su muy valiosa paciencia. Se estrujaba el cerebro para entender qué demonios era lo que me pasaba...

—P-e-r-r-o —me decía, pronunciando con mucha suavidad para que no perdiera los sonidos.

—P-p-p... —tartamudeaba yo como contestación.

—¡Venga Anne Sophie! Tienes que lograrlo, chiquilla...

—¡Perroooo!

—¡Muy bien, nena!

Pobre muchacho. Debí llegar a la conclusión de que nunca lograría ayudarme, siendo tan torpe como era. Cuando me convertí en una joven adulta recordar aquellos sucesos me llenaba de pura ira; y su recuerdo me hacía dudar tanto de la capacidad intelectual y moral de mi madre como de su cordura.

Hoy afirmo con rotundidad que Maggie estaba emocional y psíquicamente desequilibrada, y gracias a esta conclusión he logrado perdonarla más deprisa... Pero el dolor no se ha ido del todo. ¡Qué va! Me visita a veces en la oscuridad de la noche, cuando alguna que otra vez me des-

piertan los recuerdos en medio del descanso. Entonces oro a Dios y le pido por ella, por mi padre y mis hermanos, y le ruego que me enseñe a amarlos, a perdonarlos y bendecirlos desde la distancia. ¡Pobres gentes perdidas en sus propias miserias humanas! Estoy segura de que entre todos ellos, yo he sido la que ha alcanzado la mayor felicidad en la vida. Y es que nunca se vive más tranquilo que cuando se tiene la conciencia en paz... Yo nunca les hice daño alguno, y eso me consuela y me da fuerzas para seguir adelante.

Como ves mi infancia fue muy infeliz, María... Sentía una gran capacidad de amar dentro de mí y no era correspondida. Así mismo algo en mi interior me gritaba que debía crear bondad y exteriorizarla siempre y en todo momento. Creo que se trataba de una gracia recibida de Dios, porque fue precisamente ese permanente palpitar lo que me mantuvo viva. Mi sed de recibir y dar amor era inmensa, y el deseo de hacer felices a los demás, irreprimible. Poco entendía de esas cosas misteriosas del alma entonces... Hoy en día, algo sé sobre ello...

¿Y mientras tanto qué crees que pensaba el profesorado de mi escuela? ¡Ah! Ésta era una incógnita que me atormentaba durante las clases... Por un lado deseaba ardientemente que todos descubrieran lo que se cocía en casa, pero por otro sentía un gran bochorno, pues al fin y al cabo para una niña sus padres lo son todo, por mucho que la maltraten a una...

Para mi sorpresa y a pesar de mi disimulo digno de una actriz premiada, al profesorado escolar no le pasó desapercibido el trastorno que yo llevaba colgado en el corazón. Mi maestra favorita, Sor María Eloísa, me observaba de soslayo y un buen día comenzó a charlar conmigo suspicazmente durante los recreos. ¡Oh, cuánto llegué a sufrir por ocultarle la realidad vivida en casa, María! ¿Qué pasaría si se enteraran de lo que me hacían los chicos italianos? ¿Y si supieran lo que intentaba hacerme Bruce cuando se ausentaban mis padres? ¡La que se podría armar sería terrible! El pudor me empujaba a ocultar ardientemente al profesorado la espantosa infelicidad en la que me sentía inmersa. Y por ello les mentía y engañaba, ocultando verdades perversas que pensaba que ningún bien me traería el compartir. Como lo de Bruce... ¡Ay, mi querida amiga! ¡Si aquellos abusos de los chavalillos italianos fueron traumáticos, no tengo palabras para expresarte lo que significó para mí la brutal afrenta que tuve que librar con mi hermano mayor!

Bruce y yo no manteníamos buena relación. Ya te he dicho que nos separaban ocho largos años, y si por entonces yo tenía seis él habría alcanzado ya los catorce. Era callado, despectivo y parco en muestras de cariño.

Lo que te voy a relatar sucedió una tarde cualquiera de invierno en la que por una razón que se me ha descolgado de la memoria, Maggie nos había dejado solos a Bruce y a mí en casa. Bajé a la cocina a hurtadillas, deseando picar alguna cosa aprovechando la ausencia de mamá. Tenía hambre. ¿Sabes que a veces la padecíamos a causa de las rarezas de Maggie? Ya te he dicho que no nos era permitido entrar en ese pequeño dominio que era su cocina, en la que tan pocas veces se escondía alguna chuchería. Cuando llegué al rellano de la escalera miré hacia ambos lados con la intención de cerciorarme de que no hubiera enemigos fisgones en la parte inferior de la casa. No se oía un solo ruido, ni siquiera el pjar de los pajarillos que muchas veces se posaban sobre el alféizar de la ventana de la entrada. A saltitos atravesé el escaso metro que separaba el último peldaño de la puerta, y por fin me introduje en la cocina. Miré a alrededor para descubrir que en una de las baldas yacía un frutero con un enorme racimo de uvas. «Si arranco una o dos, mami no se enterará...», pensé. Me acerqué sigilosa e intenté alcanzarlo, pero para mi desilusión Maggie había colocado el frutero a demasiada altura para mi pequeño tamaño. Cogí entonces una de las sillas, la arrimé a la pared y trepé sobre ella. Me arregué la falda y estirando bien los deditos de una mano logré alcanzar mi sabroso capricho. Justo cuando me disponía a meterme dos uvas en la boca, noté cómo unos robustos brazos me tomaban por la cintura, me elevaban y me lanzaban en volandas sobre el suelo de baldosas frías y casi siempre sucias de nuestra cocina. Y así, de sopetón y a bocajarro, me encontré de pronto tumbada boca arriba con Bruce colocado sobre mi pecho.

—¡Te he pillado! —dijo clavándome una penetrante mirada—. Se lo diré a mamá cuando venga.

—¡Bruce!! —chillé—. ¡Déjame! Me has dado un susto de muerte... Pero Bruce insistió.

—Me da igual. Diré a mamá que has desobedecido, que has entrado en la cocina sin su permiso y que estabas dispuesta a robar la uvas...

—¡Eso no es cierto! —me defendí—. Sólo quería tomar un par de ellas... ¡Además me haces daño! ¡Suéltame!

Bruce no aflojó su garra sobre mí. Se limitó a observarme cada vez con más intensidad, atravesándome los ojos con una extraña mirada que por un momento me hizo pensar que más que tratarse de él, tenía sobre mí a un desconocido.

—¡Bruce, basta ya! —grité al comprobar que cada vez me apretaba las muñecas con más ahínco—. ¡Me haces daño!

Mi hermano no parecía escucharme. Antes de que pudiera reaccionar, liberó mi muñeca derecha de su garra y con una mano helada me tapó la boca. Fue entonces cuando todo un infierno se desató en aquella pequeña cocina. Mi hermano mayor me apretaba tan duramente la cabeza que noté cómo mi nuca chocaba contra las baldosas del suelo. Me comenzó a doler todo el cuerpo y me aterroricé. No entendía lo que estaba sucediendo. «¿Qué le ha entrado a Bruce?», me preguntaba. Entonces comenzó a jadear. Con la mano que aún le quedaba libre y con una agilidad inusual en él agarró mis braguitas y me las bajó de un zarpazo. Yo miraba petrificada a aquellos ojos que de pronto se habían cargado de una ira desconocida, de un ansia extraña que hasta entonces nunca había descubierto en mi hermano. Para mi espanto comenzó a meter sus dedos en mis genitales y noté cómo intentaba infructuosamente hacer penetrar uno de ellos en mi vagina... Entonces, al fin reaccioné. Comencé a patear con toda la fuerza de la que era capaz mi pequeño cuerpo. Logré abrir algo la boca y así atrapar con los dientes uno de los fríos dedos de mi hermano. ¡Mordí con toda la ira de un tigre enfurecido al darme cuenta de que estaba siendo violada por mi propio hermano! Bruce lanzó un grito al notar la sangre correr por su dedo herido, y alejó bruscamente su mano de mi boca. Y entonces grité. ¡Oh, sí...! ¡Qué voces comencé a dar! Tanto chillé que luego estuve ronca un par de días... Pero tenía que defenderme y hacerlo con la fuerza de un huracán. Me vinieron de pronto a la cabeza las muchas heridas provocadas por los chavales del vecindario, aquel sufrimiento y toda la vergüenza que me había acompañado durante todo ese año de abusos involuntarios. ¡Esta vez me tenía que librar de mi agresor!

—¡Te mataré!! —le grité, tirándole con fuerza del pelo—. ¡Bruce, se lo diré a mamá!

Entonces mi hermano echó una terrible risa al aire, y clavándome dos ojos como dagas lascivas me dijo algo que nunca olvidaría:

—Si los otros niños del barrio lo hacen, ¿por qué no me dejas hacértelo a mí también?

Quedé totalmente petrificada por sus palabras. ¡Dios mío!, ¿pero qué le habían dicho aquellos vecinitos italianos del barrio? ¡Pero si ellos me habían ultrajado y yo no me había defendido presa del terror! Bruce aprovechó ese momento de confusión para volver a bloquear la fuerza de mi cuerpo y para mi horror me percaté de que estaba intentado penetrarme de nuevo, pero esta vez, con el pene.

Comencé a pegarle como jamás he golpeado a nadie... Y también lloraba. Recuerdo bien el sabor amargo de mis lágrimas colándoseme por la

boca. Le pateaba con la furia de un potro salvaje y él nada decía. Me miraba enfurecido y se defendía como podía, quizá sorprendido por mi agresividad. Al fin, tras unos eternos minutos de forcejeo logré alcanzarle los genitales con una brutal patada. Entonces mi hermano pareció quedar sin respiración y cayó dando un aullido hacia un lado... Para mi alegría mi hermano no había logrado penetrarme sexualmente, estaba dolorido y por fin abandonaba mi cuerpo. De todos los abusos sexuales que he sufrido en mi vida, Bruce fue el único a quien yo me enfrenté valientemente y al que vencí.

Si quieres que sea totalmente sincera he de decirte que no recuerdo lo que pasó después, aunque sospecho que logré deshacerme de su peso y escapar hacia mi cuarto. También sé que no dije nada a mis padres ese mismo día, sino que esperé (¡sólo Dios sabe por qué!), a que pasara algo de tiempo. Pero nuestra relación, ya de por sí quebrada, no se recuperó jamás.

A partir de ese primer ataque, Bruce comenzó a perseguirme amenazante con la mirada; parecía como si deseara bloquear mis movimientos con ella. Yo tenía un miedo terrible en su presencia, María. No quería que aquello se repitiera y por ello me convertí en una astuta ratilla de campo, escapándome en cuanto tenía la ocasión. Si Maggie o papá se ausentaban, yo me largaba a casa de Jay-Jay o al parque. A veces se me pasaban las horas observando a los paseantes sentadita en un banco junto a los columpios. Todo era válido, incluso la bronca que pudiera recibir luego de Maggie, con tal de no estar cerca de Bruce.

¿Que si mi hermano lo volvió a intentar? ¡Oh, sí! Ya lo creo. No se rindió en muchos meses, atacándome siempre por la espalda de forma cobarde y humillante. Jamás logró violarme aunque las consecuencias de su conducta en mi psique fueron tremendas.

Después de un año, sin saber por qué ni a cuento de qué, durante una cena cualquiera y de manera totalmente inesperada, lo solté todo. Quizá mi alma herida no pudo más. Quién sabe... Aún recuerdo la cara de estupor de papá y la palidez de Bruce al escuchar mis lamentos sobre su conducta. ¡Al fin me había atrevido a escupir toda la verdad sobre sus abusos sexuales!

Un silencio perturbador invadió la pequeña cocina. Te aseguro que se podría haber cortado el aire con un cuchillo... Un escalofrío me recorre la espalda al recordar la mirada de odio que me lanzó mi hermano; siempre he sabido que de poder hacerlo me hubiera acuchillado después de aquello. Por un lado sentí un gran alivio y comprendí que había tardado

demasiado tiempo en decir a mis padres la verdad ¡Qué gran peso me quitó esa noche de la espalda!

¿Que cómo reaccionaron? ¡Ay, mal...! Fíjate: Maggie no sólo no me creyó, sino que me llamó embustera, envidiosa y perversa, y luego me castigó. No recuerdo el castigo que me impuso, pero al menos los abusos sexuales por parte de Bruce habían al fin cesado para siempre. Hoy sólo me da la mente para recordar las muchas noches que padecí pesadillas después de aquel asqueroso, injusto y terrible desenlace familiar.

## Capítulo 3

### ¿Dios?



**N**o sé si te he dicho que mis amigas Jay-Jay y Linda eran un poco mayores que yo. No sé por qué razón he escogido siempre amistades de más edad... Quizá todo tenga que ver con la brutal realidad que escondía mi verdadero yo, ésa que no deseaba compartir con nadie por vergüenza o por miedo al rechazo. Porque a ellas oculté también la espantosa y terrible violación que padecí poco tiempo más tarde; esa que ocurrió entre los cientos de coches de alquiler del aeropuerto. Me pregunto qué habrá sido de aquel pobre desgraciado. Quizá haya muerto y se haya llevado su culpa a la tumba, o haya acabado en un sucio calabozo después de ser atrapado por la policía tras otro ultraje. Vete tú a saber... Ya te he dicho que encerré mi secreto en lo más profundo de mi corazón como la herida más vergonzosa y bloqueé el terror bajo una apacible apariencia de serenidad. Y por ello ni siquiera las monjas que tanto cariño me prodigaban en el colegio supieron la verdad.

Creo que aún no te he relatado cómo acabó aquello... ¡Fue un milagro enorme que aquel depravado me dejara con vida! Me violó unas seis veces y para mi desconsuelo durante alguna de ellas no logró eyacular. Este hecho le volvía loco de ira y entonces, preso en su propia vergüenza, me golpeaba con furia. En cambio si lograba eyacular su sucia semilla en mí, se calmaba de golpe y aprovechaba después para relatarme vivencias sobre su turbada vida. Así me enteré de que ese hombre, extraordinariamente peligroso, había perdido a su esposa y a su hijita pocos meses antes en un accidente de tráfico en la bahía. El coche se había salido en una curva al lado de un acantilado y había caído al mar. Los bomberos tarda-

ron días en recuperar los cadáveres... Quizá fue el terrible trauma que sufrió lo que le hizo perder la cordura. Sólo Dios lo sabe.

Relataba los hechos despacito, con la mirada perdida y la respiración entrecortada. Yo no decía nada... Temblaba como un animalillo atrapado bajo su peso y lloraba bajito para no enfadarle más. Su estado de ánimo variaba de una forma tan brusca que de un segundo a otro pasaba de ser amable y pensativo, a convertirse en un animal salvaje y descontrolado. «¡Te voy a matar!», gritaba mientras me zarandeaba por la melena. Después me pegaba bofetadas y me violaba otra vez... Y así transcurrieron dos espantosas horas cargadas de suplicio, en las que no pocas veces concluí que mi fallecimiento estaba cercano.

En la cabeza me bullían todo tipo de pensamientos. Durante un segundo deseé morir. No sentía las piernas, tan sólo un escozor terrible en mis partes privadas. Me horroricé al ver un pequeño reguero de sangre correrme entre los muslos... Supe que debía inventar alguna argucia para escapar de sus garras o moriría de un segundo a otro. ¿Pero qué podría hacer una niña de trece años aterrorizada para calmar la ira, la locura desenfrenada de un pobre demente? Era menuda e inocente y lo único que alcanzaba a entender era que lo que padecía entre las garras de aquel perturbado era infinitamente de mayor gravedad de lo que en su día sufrí en manos de mi hermano y de los muchachos de la barriada.

Hoy sé con absoluta claridad que Cristo también estaba ahí conmigo, horrorizado, sufriendo por ver todo lo que me sucedía. Tengo el convencimiento de que hace dos mil años supo, desde su agonía en el Huerto de los Olivos, que yo padecería esa espeluznante afrenta contra mi inocencia. Sé que su humanidad divina sudó sangre a causa del miedo, del asco y del dolor por presenciar aquella abominación que sería perpetrada tanto contra mí como contra Él. Yo sería víctima, como miles de personas a lo largo de la historia de la humanidad, de la libertad mal utilizada de los hombres. Esa humanidad que está tan dañada por el pecado, deteriorada por el odio, las guerras, las enfermedades... Él, como todo un Dios, pudo ver y aceptar ser también víctima de la maldad de ese pervertido, y decidió redimir con su sangre su brutal pecado. Y como nunca abandona a sus criaturas, su Espíritu Santo me inspiró aunque yo no lo supiera, pues no sé de dónde si no me pudo llegar aquella idea que me salvó la vida.

«¡Simula que estás disfrutando!», oí de pronto retumbar en el interior de mi cabeza. Y así, de pronto, dejé de llorar y de suplicar clemencia y comencé a susurrar pequeños piropos al oído de aquel enfermo. Sorprendido por mi brusco cambio de actitud, alejó unos pocos centímetros la

cara y se sentó erguido para observarme desde un distante y tenso silencio. Entonces, reaccionando nuevamente a causa de una fuerza interior que hasta el día de hoy no soy capaz de explicar, aproveché ese pequeño lapso de incertidumbre y me lancé a contarle cosas hermosas sobre mí. Le aseguré que me gustaban los helados, la ropa y las chucherías, y le propuse intercambiarlas en el futuro con él si accedía a tener un *nuevo encuentro* conmigo. Así mismo le prometí que si me dejaba marchar nada diría a nadie, y que de traerme al día siguiente todas aquellas cosillas que le pedía volvería a someterme a sus deseos carnales.

El perturbado me observó ceñudo durante unos tensos y eternos minutos después de los cuales encendió un cigarrillo.

—Está bien —dijo tras expulsar un par de caladas—. Mañana te recogeré en el mismo lugar en el que te encontré...

Yo no podía dar crédito a sus palabras. Por un momento pensé que mentía, que me engañaba con la única intención de calmar mis nervios para poder pillarme desprevenida antes de dar el paso definitivo y consumar su crimen. Sin embargo mis temores ya no tenían fundamento, pues decidió arrancar el coche y regresar en silencio al lugar donde pocas horas antes me había abducido.

—Escúchame bien, niña —me dijo antes de presionar el botón que desbloquearía los pestillos—. Si le cuentas a alguien lo que ha ocurrido, o si mañana no estás aquí a esta misma hora, te buscaré, te encontraré y luego te mataré. Bien sabes que puedo hacerlo.

Me bajé despacito, con el corazón latiéndome a una velocidad monstruosa y temiendo fallecer a causa del miedo. Me sorprendió mucho ver que mi bicicleta aún permanecía tirada sobre las baldosas de la acera. Recuerdo que mi primer pensamiento al verla fue de alegría al descubrir que no había sido robada. ¡Mi mente de niña se preocupó por esa minucia! ¿Qué curiosa es la naturaleza de los niños, verdad?

Miré a ambos lados. La calle se veía tranquila y silenciosa. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Temía mil acontecimientos que podrían traer consecuencias desastrosas a mi vida ya de por sí horriblemente ultrajada. ¿Habría quedado embarazada con aquello? ¿Arrancaría ese perturbado el coche y desaparecería para siempre de mi vida? ¿Sería lo suficientemente astuto como para descubrir dónde vivía? ¿Tendría yo el valor de contar a mis padres lo sucedido? ¿Cómo escondería las manchas de sangre de mis braguitas, de mi vestido y de mi rostro? Sólo el estruendoso sonido del motor al arrancar precipitadamente me devolvió el valor necesario para respirar, y antes de que pudiera contestar a todas esas incóg-

nitás, aquel violador apretó el acelerador y se perdió de mi vista tras una esquina.

Hasta el día de hoy sigo dando gracias al Cielo por no haberle vuelto a ver jamás.

Regresé a casa derramando gotitas de sangre entre las piernas. Sentía un terrible escozor en la vagina y muchas ganas de devolver todo el contenido de mi estómago. Me toqué la cabeza y descubrí con horror que también tenía varias calvas en el cuero cabelludo. El trauma había sido monstruoso, pero cada latido de mi corazón cantaba un himno triunfante: *¡He salido con vida!*

Al llegar a casa subí a toda velocidad las escaleras y me encerré en el cuarto de baño, en donde me duché con agua fría y lloré durante una larga hora. ¡Cuánto temí que alguien descubriera lo sucedido! Nuevamente me invadió el pánico y como ya había sucedido durante los abusos de los niños de mi barrio, mi cerebro se bloqueó y ocultó los hechos tras el cerrojo de una terca voluntad. Me propuse que nadie descubriera aquello, no fueran a rechazarme las amigas en los juegos. Esto último me atormentaba, pues ya te he dicho que eran precisamente esas meriendillas en casa de Jay-Jay lo que aportaba una pizca de alegría a mi vida durante esos durísimos años. Mi amistad con ella era algo que cuidaba con especial delicadeza, aunque descubrir cómo era mimada por su mamá me ahuecaba las tripas. «Maggie nunca me trata así», pensaba. «Ni siquiera me deja invitar a mis amigas a casa». Yo no entendía nada, escritora... Aparentemente todas las mamás de mi barrio prodigaban caricias y amor hacia sus hijas menos la mía, y quizá por ello pasaba los días encerrada en mi cuarto, sopesando durante horas a qué se debía la extraña actitud de mamá.

Durante aquellos días sucedió algo de enorme gravedad que tuvo como protagonista a Maggie. Había regresado del colegio una tarde cualquiera cuando me tropecé con un paño sangriento sobre las baldosas del pequeño hall de la entrada.

—¡Mamá! —grité asustada—. ¿Dónde estás?

La voz de mi madre resonó furiosa desde el piso de arriba.

—¡¡Anne Sophie sube de inmediato!!

Corrí veloz hacia su cuarto subiendo los escalones de dos en dos.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras abría la puerta de un zarpazo. Entonces descubrí de lo que se trataba... Vi a Maggie tumbada sobre la cama,

mirándome con ojos cargados de furia y miedo a la vez. Recuerdo que me sorprendió descubrir temor en sus pupilas, pues mamá era valiente, o al menos eso me había parecido percibir desde niña.

—¡Mira! —me dijo mientras se retiraba las sábanas que la cubrían hasta la barbilla. Para mi espanto descubrí que estaba empapada en sangre de arriba abajo, y que entre sus piernas se encontraba un bebé varón muy chiquitín, con el cordón umbilical aún colgándole de la tripita. ¡Mi madre estaba embarazada de siete meses, nada nos había dicho y acababa de perder a su hijo sobre la cama de su cuarto! ¿Cómo habría sido capaz de disimular la redondez de su vientre? ¡Es algo que hasta el día de hoy no puedo entender!

Salí disparada hacia el pasillo desde donde telefoneé al médico de la familia.

—¡Llama a una ambulancia inmediatamente, nena!! —me ordenó—. Yo salgo hacia el hospital para recibirla.

A los pocos minutos llegó mi hermana, quien la ayudó a meterse en la ambulancia y se quedó con ella en el hospital durante unos días.

—¡Tú te quedas y friegas toda esta porquería! —le dio tiempo a mamá a ordenarme mientras se la llevaban.

Recogí todo y lavé la cama, las sábanas y la ropa llorando a mares... Se me hacía extraordinariamente rara toda aquella situación, sobre todo el hecho de que mis padres jamás mencionaran después lo sucedido. Desde ese momento un infranqueable mutismo rodeó a aquel suceso y yo nunca tuve el atrevimiento de preguntar nada referente a él.

Supondrás que a causa de todo lo que vivía en mi hogar mi carácter se agriaría y perdería amigos, ¡pero nada hubo más alejado de la realidad, María! Milagrosamente y haciendo uso de una destreza inusual para esa edad, supe disimular las emociones y esconder las heridas a ojos del alumnado del colegio, por lo que mantuve amistades que hasta hoy recuerdo con cariño. A veces me sorprende pensar lo atentos que eran conmigo los estudiantes, y lo fácil que me era hacerme querer a pesar de mi timidez y el secretismo. ¡Me aterraba pensar que pudieran sospechar lo que escondía mi verdadera vida! Nunca ignoré que en lo más profundo de mi corazón ardía un tremendo deseo de amar y cuidar de los demás. Creo que por ello los niños del colegio me apreciaban tanto... Los niños tienen una capacidad extraordinariamente fina para captar el odio o el amor que les rodea, y por eso se alejan como de la peste de aquellos que les hacen daño y se unen como con pegamento a los amiguitos que les dan cariño. Y a causa de esa habilidad, mis compañeros escolares fueron capaces de dis-

cernir esa voluntad innata en mí que me empujaba a amarlos y protegerlos. Yo era especial en ese sentido, María. Si por ejemplo un niño tropezaba en el recreo, ahí volaba yo a su lado para levantarlo. Si lloraba, corría a prestarle mi delantalito para secar sus lágrimas. Si a alguien se le caía el bocadillo a la arena, partía yo mi plátano y le entregaba la mitad. Qué cosas, amiga mía... Siempre me he preguntado qué era lo que me provocaba aquel empujón para llevar a cabo esas pequñeces hacia los demás. A veces he pensado que se trataba de un don que Dios me regaló para que comenzara a explotar lo que hoy forma parte de mi vida cotidiana y que es la base de mi misión en la vida: el cuidado del enfermo, del desvalido, del moribundo y del abandonado.

Hoy entiendo que mi secretismo en las relaciones sociales del colegio era producto del gran trauma que dormitaba en mi mente infantil a causa de las numerosas aberraciones sufridas, y sobre todo, a causa de la terrible y secreta violación en manos de aquel peligroso perverso.

Me viene de pronto a la cabeza una anécdota que me ocurrió años antes de aquella terrible violación. Yo podría rondar los cinco años y como ya te he relatado, todo en casa se parecía al infierno. Por ello ya comenzaba a refugiarme en un pequeño mundo de soledad, y el lugar que escogía para ello era la capilla de ese maravilloso colegio en donde tantos consuelos encontré. No siempre lograba llegar a tiempo por la mañana debido a las mil anécdotas desagradables que ya te he relatado, pero aún así procuraba escabullirme durante unos minutillos entre las grandes puertas que daban acceso a la capilla.

Una mañana me sucedió algo extraño entre las preciosas paredes de aquel santo lugar. Había llegado al colegio tarde agotada física y emocionalmente, como de costumbre, debido a una de las espantosas pataletas de Maggie. En seguida vislumbré entre las sombras de la penumbra los bordes de los bancos y la blanca tela llena de brocados, que recubría el altar. Entré tímidamente, como lo hace un niño hambriento que va a robar una rosquilla en una pastelería. El aire que corría entre los bancos se movía con frescor y todo olía a incienso. No se oía ni un solo sonido y por primera vez en muchos días, sentí que un suave cosquilleo cargado de paz y serenidad se me asentaba en el corazón.

A pasitos entrecortados avancé por el pasillo central, sin saber muy bien qué buscar o qué esperar de esa pequeña escapada. En un rincón revoloteaban las llamas de unas cándidas velitas sostenidas por un soporte de largas patas de metal. Me acerqué sigilosamente al candor de las candelas. Parecían llamarme desde lejos, invitándome a disfrutar del dulce

calor que emanaba de su combustión. Justo cuando iba a estirar un brazo hacia ellas oí un ruido a mis espaldas. Me giré bruscamente con el convencimiento de haber sido descubierta por alguna de las profesoras y pensé que seguramente sería amonestada por haber estado en el lugar inapropiado. Agucé la vista y miré hacia donde me parecía haber oído tal sonido, pero nada vieron mis ojos. «Qué extraño», pensé, notando cómo se me aceleraba el pulso.

A lo lejos sonó el repiqueteo de la campana de la hermana Agnes, la profesora de francés, que era la encargada de avisarnos del comienzo de las clases. Cuando aquel alegre repiqueteo cesó todo volvió a encerrarse bajo el mismo silencio mágico de antes. «Me la cargaré si no me voy pitando al aula...», refunfuñé. No deseaba marchar de aquel santo recinto. Un sutil y hermoso deseo de orar me comenzó a trepar desde lo más profundo del corazón. «Qué a gustito estoy aquí...», pensé.

Eché un cándido suspiro al aire y observé con curiosidad el recinto de paz y templanza que me rodeaba. Ante mí se erguían sendos bancos de madera sobre los que reposaban los misales de las monjas que trabajaban en el centro. Tomé uno con las manos y acaricié el cuero oscuro que lo protegía con mis pequeños dedos. Al tacto se notaba suave, y sus mil rugosidades me hicieron pensar lo muy utilizado que estaba. Una cruz dorada lucía en la tapa y bajo ella, también en letras grabadas de color dorado se podía leer: Santo Misal. «Algún día seré capaz de leer un libro entero de estos, a pesar de las hojas tan finitas y la letra tan pequeña que tienen por dentro...», pensé ensimismada.

De pronto mis oídos captaron de nuevo el suave sonido que tan poderosamente me había llamado antes la atención y que sin duda provenía de algún lugar a mis espaldas. Me volví bruscamente y miré temerosa a mi alrededor. Nada se veía fuera de lugar. Agucé la vista, pero todo parecía estar en orden. Nuevamente volví a oír aquel pequeño y suave sonido. Me recordó al que hace una persona al arrastrar una falda larga al andar y en seguida pensé en el hábito de una de las monjas rozando el suelo. Forcé la vista hacia el lugar de donde provenía aquel pequeño sonido. Todo parecía indicar que aquel roce era el producto de algo o alguien que se movía desde el fondo derecho de la capilla, al final del pasillo lateral que conducía hacia un pequeño altar secundario sobre el que se elevaba una preciosa estatua de la Santísima Virgen María.

Comencé a avanzar despacito por el pasillo central hacia ese rincón y en pocos segundos alcancé el lugar en donde se erguía, serena y dulce, la estatua de tamaño natural que representaba a la Virgen de los Dolores.

Nuestra Madre estaba retratada de forma bellísima. Lucía un manto negro y llevaba al niño en brazos. Se la veía rodeada por la tenue luz que provocaba aquel montón de velas tintineantes situadas no muy lejos de sus blancos pies. La sensación de templanza y de paz interior se hizo más profunda en mi corazón de niña atormentada... De pronto me invadió un deseo irrefrenable de rodearla con mis bracitos. Esto hubiera sido del todo imposible, pues estaba situada a demasiada altura como para que yo hubiera podido alcanzar sus pies. Sin embargo, llevada quizá por un impulso de admiración y de amor, me acerqué a ella. Cuando ya casi me había situado debajo de su imponente mirada noté cómo una lágrima me resbalaba por la mejilla, y comprendí que no tardaría mucho tiempo en romper a llorar desconsolada. Un sinfín de sentimientos confusos comenzaron a entorpecerme el corazón. Por un lado me sentía protegida dentro de aquella penumbra, bajo la cándida luz de esas numerosas velitas. Todo lo que tanto me amenazaba en la vida se había alejado de golpe como si alguien le hubiera propinado un empujón... El sufrimiento, los malos tratos en casa, los abusos de los vecinos, el miedo... ¡Todo parecía pertenecer de sopetón a la vida de otra persona! Por otro lado la realidad de mi existencia se hacía más veraz que nunca. Todos los sentimientos de rechazo, de temor y de hambre de amor se intensificaron hasta el extremo de hacerme desear gritar de dolor.

Miré suplicante hacia los ojos del hermoso rostro que parecía observarme desde la altura, y fue entonces cuando me pareció ver que la Virgen estiraba una mano hacia mí. No sé si fue producto de mi imaginación o de la emoción del momento, pero el caso es que por primera vez noté como si la misma Madre de Dios estuviera totalmente viva ante mí. Parecía que me hablaba y que me decía: «Ven conmigo...». No es que se cruzaran tales palabras, ni siquiera oí el sonido que antes me había parecido escuchar... Pero me dejé llevar por mi intuición de que aquello era real, y por eso alargué una mano y estirándome todo lo que podía logré colocarla sobre la de ella. La miré con gran expectación a los ojos y fue entonces cuando me quedé totalmente petrificada... ¡La Virgen me estaba devolviendo la mirada! Un gran escalofrío me recorrió toda la espalda y las lágrimas, por fin, resbalaron sobre mis mejillas como una pequeña cascada salada. Entonces, desfallecida a causa del apuro que me producía pensar que alguien pudiera escuchar mis palabras, me atreví a decir en alta voz: «Mamá del Niño Jesús, ¿quieres ser tú también mi mamá?».

No sé si en mi mente de niña perdida esperaba inocentemente una respuesta, pero el caso es que nada escuché. ¡Vaya susto hubiera recibido de

haberme contestado! Nada dijo vocalmente pero puedes creerme si te aseguro que unas palabras internas, claras como el cristal, entraron de golpe en mi corazón... Provenían de algún sitio misterioso y yo no las inventaba. Es muy difícil de explicar lo que me invadió la mente y el alma en aquel momento de luz y de amor. Sólo puedo decirte que al cerrar fuertemente los ojos me pareció percibir en lo más profundo de mi ser unas suaves palabras de mujer, que llenas de amor me decían: «Sí, yo seré siempre tu madre».

Abrí los ojos con ímpetu y reforcé el foco de mi vista sobre la tierna faz de esa estatua. Nada parecía moverse en ella, pero sí volví a tener el convencimiento de que me clavaba una mirada viva, llena de luz y amor. Esa pequeña experiencia me consoló de inmediato y templó grandemente mi tristeza. Desde ese momento crucial en mi vida nunca me ha abandonado la certeza de que, pasara lo que pasara, Ella no me abandonaría. La vida me escondía terribles pruebas, pero en la adversidad siempre encontraría su consuelo y guía.

Hoy miro para atrás y me gustaría no haber tenido que pasar por ciertas experiencias, pero cuanto más medito las razones que pudo tener Dios para permitir que culminaran en mí tales abusos, más me convengo de que Él jamás los deseó ni planeó. También he llegado a comprender que Él fue, durante aquellas atrocidades, mucho más víctima que yo misma.

Mi vida con Jesús y con María siempre ha sido una relación basada en la esperanza, que quizá se engrandeció desde aquel pequeño episodio sobrenatural vivido en la capilla del colegio, pues fue precisamente a partir de entonces cuando comencé a sentir una gran atracción por todas las iglesias con las que tropezaba, gustándome mucho entrar en oratorios y capillas católicas. No entendía aún el sentido de la Sagrada Misa (¿cómo podía ser de otra manera si mis padres me llenaban de confusión con respecto a los sacramentos!), pero sí se despertó en mí un gran deseo de orar frente a las estatuas que representaban figuras sagradas. Quedaba como extasiada ante ellas ya fueran figuras de la Virgen, del Señor o de los grandes santos de la Iglesia católica, y a todos rogaba intercesión. Las estatuas, las pinturas o los relieves artísticos sacros comenzaron a atraerme poderosamente, ejerciendo sobre mí una fascinación que hasta el día de hoy permanece. No se puede decir, sin embargo, que conociera en aquel entonces a Dios tal y como lo hago ahora. A Dios aún no lo entendía, ni atis-

baba su verdadero y gran amor por los hombres. También me era incierto el que yo hubiera podido recibir algún don de sus manos, pues los abusos, las humillaciones y los permanentes ultrajes no hacían sino convenirme de que nada valía como persona. Pensaba que si la vida me trataba con tanta crueldad, se debía sin duda a que yo no merecía nada mejor. ¡Pero nada estaba más alejado de la realidad, María! Porque lo cierto es que Dios me había concedido dones y gracias exuberantes que palpitan dentro de mí, que bullían por florecer para regar de luz mi vida y la de los demás... Hoy todo es diferente a aquellos tiempos, pues Dios me ha alejado de la perversidad y me ha ayudado a comprender el potencial que sembró en mí desde que me creó.

Tienes que entender algo bien, María... Si Dios nos ha concedido alguna gracia especial (como por ejemplo la capacidad de tener un corazón alegre, inteligencia o un físico hermoso), nunca es para nuestro propio provecho, para que presumamos o nos sintamos superiores a los demás por el hecho de ellos no las poseen. No, amiga mía. Esos regalos que recibimos gratuitamente de las manos misericordiosas de Dios deben ser mimados, engrandecidos con nuestro esfuerzo y humildad para poder desparramarlos sobre los demás. Así, el que ha nacido guapo debe ser extraordinariamente cariñoso con los que son poco agraciados. ¿Has pensado alguna vez en la tremenda responsabilidad que tienen las personas bellas físicamente? ¿Ah, no? Pues escucha esto. Toda persona agraciada o famosa, como las actrices admiradas, las modelos o los cantantes, deberían tener claro que tienen la responsabilidad de dar un sublime ejemplo de caridad a los demás, a los jóvenes que tanto les admiran y aclaman. ¡Cuánto se agradece que alguien famoso y atractivo derroche palabras amables hacia alguien más débil! Me parece tremendo el daño que hacen hoy en día muchos actores o estrellas de la canción con sus comportamientos. Gran cantidad de este tipo de personas, que tienen el mundo en sus manos, caen en las drogas y la desesperación. Y te preguntarás por qué alguien con tantos atributos, poder y adulación de parte de las masas acaba por lanzarse al pozo de los malos hábitos o de la misma muerte. ¡Dios mío, cuántos suicidios se dan entre los jóvenes con estudios, con formación...! Aparentemente lo tienen todo, pero están como muertos por dentro... Las estadísticas demuestran que los psiquiatras clínicos trabajan más que nunca. ¿Por qué? ¿Qué está pasando? ¿Lo sabes tú, María?

Yo encuentro la explicación en el hecho de que no conocen a Dios, y cuando no se tiene una relación con Él o se le excluye de nuestras vidas,

se tuercen los horizontes y se difumina la fina línea que separa el bien del mal. Entonces la conciencia se hace laxa, se entibia el corazón y pecar se convierte en algo extraordinariamente fácil. Me vienen a la cabeza nombres de algunos empresarios o banqueros exitosos, políticos y gentes de muy alta cuna a las que todo se les ha concedido desde niños. Estas personas poseen bienes en abundancia y reciben adulaciones el 90 por ciento de su tiempo. A primera vista pueden parecernos felices y estables. Pero créeme si te digo que, como cualquier otra persona, están cargados de miserias que el alma arrastra de forma escondida. Y así comienzan las mezquindades, las puñaladas en la empresa, el arribismo laboral, las drogas o el sexo desenfrenado. El ser humano se ciega con facilidad, María. Se deja embaucar por la belleza física, por el dinero y sobre todo por la popularidad. Al fin y al cabo este tipo de cosas son las que permiten que se desarrolle y se envalentone el pecado de la soberbia y es entonces cuando el alma se lanza en picado hacia su propio vacío. Nunca olvides que esta vida pasa rápido... Sería incluso más preciso decir que vuela y se nos escapa entre los dedos...

¿Y qué me dices del que es inteligente o se lo cree a causa de la adulación de los demás (como les ocurre mucho a los catedráticos, actores o políticos)? ¡Ah! Ése debe ser paciente y sincero con los menos espabilados, y debe protegerlos de peligros y adversidades utilizando su inteligencia. ¡Pobre del poderoso que se aproveche de la inocencia del humilde, del pobre y del desamparado! Así mismo, los que son cultos o los que han recibido una educación privilegiada deben aprender a sacar tiempo para enseñar a los menos cultivados. ¡Ay del soberbio! ¿Te has parado a pensar que el diablo se condenó precisamente por ese pecado? La soberbia es la peor falta que existe en el mundo ya que es el pecado que se contrapone a la virtud más maravillosa: la humildad. El que no es humilde de corazón va de cabeza por la vida, hija... Ése hará daño al prójimo, machacará al vecino, al hermano y a la nuera. ¡Qué sé yo! Mucho mal se hace en el mundo a causa de la soberbia. Piensa por ejemplo en los países pobres. Sus gentes no tienen la capacidad de trabajar o de alcanzar logros al mismo ritmo que aquellos que han recibido educación desde niños, como ocurre en el mundo occidental. ¿Y qué hacemos? Pues sentirnos superiores. ¡Qué gran equivocación y cuánto daño se hace uno mismo cuando se es prepotente! Así nos va a los hombres... Un buen día todo esto va a hacer ¡PUM!, y vamos a salir todos por los aires. Y si no ya lo verás...

Mírate y por una vez ponte como ejemplo. Tienes el don de contar historias a tus lectores, estás formada académicamente y eres aún relativamente joven con toda la energía que eso conlleva. ¡Estos son muchos atributos, niña! ¿Te vuelcas con los demás a causa de todo esto? ¡Ah, que lo intentas...! Bueno, algo es algo... Pues sigue luchando por lograrlo porque es tu deber y tu obligación. Mira que si no, cuando estés cara a cara con Dios te pondrás colorada hasta las cejas a causa de tus pecados de omisión.

Lo que verdaderamente importa es la salvación de nuestra alma, y eso, María, sólo se logra luchando en esta vida por hacer profunda y limpiamente el bien a los demás. Pero hoy el mal está esparcido por todas partes. Se ha mezclado con las cosas buenas de la vida, con los regalos de Dios, y ya nadie es capaz de discernir con cordura y separar claramente lo bueno de lo perverso. Sólo tienes que leer un poco los periódicos para darte cuenta de que la peor enfermedad que existe en el mundo de hoy es la soledad. El no sentirse amado rompe por dentro hasta las personalidades más enriquecidas por la inteligencia y el triunfo social. ¿Y dónde puede acudir la gente a sanar ese dolor? Algunos intentan llenar el vacío de su vida trabajando desmedidamente, dejándose llevar por la obsesión del dinero, de los bienes y las posesiones. Otros acaban acudiendo al mundo de la medicina, de la psiquiatría, para que les ayude a seguir recorriendo el camino de sus pobres existencias sin esperanza.

¡Ah, la psiquiatría...! Conozco bien esa ciencia. ¡Ah!, ¿tú también? Vaya... No sabía que eras hija de psiquiatra. Entonces poca información puedo aportarte en ese terreno... ¿Admirabas a tu padre como médico? ¿Sí? Bueno, me alegro mucho... Ya sé que los psiquiatras se apoyan en la ciencia, y que es precisamente ella la que los acerca al mundo de la psique. Sin embargo y según mi propia experiencia, en muchos casos la ciencia falla a la hora de liberar a la psique de las profundas heridas que la misma vida ha causado a una persona. El enfermo entonces no retoma las riendas de la coherencia y el médico se desanima al descubrir las grandes limitaciones que existen en la Psiquiatría como ciencia. Sinceramente creo que muchos enfermos mentales podrían mejorar si metieran a Dios en sus corazones, porque hay ciertos vacíos que sólo Él puede llenar, sanar o mejorar. También puede bendecir, sofocar el dolor interno y apaciguar el sufrimiento creado por la maldad infligida por otras personas. Él sí que tie-

ne buenos amigos y te los presenta enseguida. ¡Haz la prueba! La gente que ama a Dios, ama al prójimo e intenta hacerle la vida agradable. ¡Qué pena me da la gente que no tiene fe! ¡Se pierden lo más valioso de la vida! Desde luego a mí los psiquiatras no me ayudaron en absoluto, aunque sí me dieron cariño y ternura. A pesar de ello, y como te decía, conservo un mal recuerdo de mi estancia en una clínica psiquiátrica a la que me obligaron a acudir.

Sé que los psiquiatras deben ayudar mucho a la sociedad, pero yo que los conozco mejor que tú, porque he sido paciente de alguno de ellos, te digo que a veces son ellos mismos los que se sienten perdidos entre la telaraña de su difícil profesión. Yo sé de lo que hablo. Conocí y conviví con buenos psiquiatras durante un terrible periodo de mi vida, ese en el que me vi obligada a padecer entre las paredes de un hospital para gentes perturbadas. Aquel lugar fue duro, pero fue también una escuela brutal para la vida y para el alma.

¡Ah! Ya sabía yo que de mencionarte esa etapa de mi vida querías profundizar en ella. Para mí es muy doloroso, pero accederé si así lo deseas... Déjame que recuerde... Hace mucho tiempo que no hablaba de ello.

Fueron vivencias en mi hogar y sus circunstancias inevitables las que me empujaron a ingresar en aquel siniestro lugar. Yo había cumplido los trece años y mi vida social llevaba tiempo caracterizándose por ser un constante deambular por las calles sin rumbo ni gloria. No es que me agradara ser una niña callejera, pero llegó un momento en que me sentía más segura en las calles que en el propio salón de mi casa. La vida hogareña se había convertido en un verdadero suplicio y ello me obligaba a salir todo lo posible, a huir del techo familiar. Y la calle y sus vicios me llevaron a enredar con una pandilla algo indeseable. Llegué incluso a huir de casa un par de veces, para luego regresar con las orejas gachas por el temor de que pudiera volverme a ocurrir lo que me sucedió entre las largas filas de coches del aparcamiento del aeropuerto. ¡Imagínate la que se organizaba en casa entonces! Las represalias de Maggie eran horribles: me abofeteaba, me gritaba, me zarandeaba e insultaba... ¡Qué se yo! Tengo que admitir que mi comportamiento comenzó a ser incorrecto debido a una incipiente rebeldía que me acompañó muchos meses. No estoy orgullosa en absoluto de mi actitud rebelde de aquella etapa, y hoy sigo pensando en las personas a las que pude hacer daño. ¡Si pudiera cambiar esa parte de mi turbulenta y egoísta adolescencia, con gran premura lo haría!

Mi colegio y sus amables gentes seguían procurándome consuelo. Recuerdo con especial cariño las enseñanzas que recibí ese año de parte de

una de las profesoras de música. Aquella monja elevó mucho mi autoestima, desarrollando en mí un amor hacia la música que hasta entonces no había descubierto. «Tienes buena voz, nena», me decía guiñándome un ojo. Pero, ¡ay, qué malísima estudiante era en el resto de las asignaturas! Ya te he dicho que hasta mi habla se vio afectada por tanto pesar, y por ello las calificaciones escolares no fueron demasiado brillantes.

También comencé a desarrollar un misterioso interés por todo lo que hacía referencia a la religión, lo que conmovió a una de las profesoras de tal asignatura. Se trataba de otra monjita entrañable. Mujer de pequeña estatura y ojos llenos de chispitas, había sabido captar que algo muy oscuro rondaba por mi vida privada. Procuraba acercarse a mí en los recreos y durante los almuerzos, y me preguntaba sobre pequeñas cosillas sin importancia. Supongo que deseaba romper ese cerrojo envenenado que trababa mi boca y mi corazón, y por ello me prodigaba palabras tiernas y me colmaba de sonrisas. Creo que fue ella la que me comenzó a hablar profundamente del amor de Dios. A ella le revelé, con mucho apuro, mi secreta pasión por las estatuas religiosas, por observarlas y orar ante ellas pidiéndoles intercesión. Me consolaba sospechar ser oída por Cristo en mis plegarias, aunque todo a mi alrededor hiciese parecer que era el mismo demonio el que dirigía mi vida. Todo era difícil, María... Por ello no fue extraño que un buen día, sin saber cómo ni por qué, explotara y me viese tocando con los nudillos a la puerta de la enfermería del colegio.

—¿Qué deseas, nena? —me preguntó la enfermera.

Y entonces se abrió la caja de los truenos y de mi boca comenzó a salir todo lo que llevaba encerrado bajo la llave de la vergüenza. ¿Que por qué lo hice? ¡Sólo Dios lo sabe...! Creo que se debió a un extraño impulso de supervivencia, una fuerza misteriosa que bien pudiera haber sido un empujoncito provocado por mi ángel de la guarda. No me mires así... No veo otra explicación. La enfermera me miraba llena de espanto mientras me explayaba de lo lindo y sobre ella desparramé toda la hiel, el dolor y la verdad sobre lo que ocurría en mi vida. Con expresión de shock en los ojos, pero luchando porque no le abandonase su usual templanza de enfermera eficiente, aquella pobre muchacha escuchó todas y cada una de mis terribles acusaciones.

—¿Sabes, Anne Sophie? —dijo cuando por fin acabé con mi espantosa retahíla—, siempre he sospechado que algo raro había en tu familia, pues vivo muy cerca de tu casa y a veces he oído y visto cosas que...

Todo lo que te puedo decir es que se montó una muy gorda en el colegio. La enfermera salió del cuarto a la velocidad del rayo y trajo consi-

go a un doctor. Yo permanecí paradita y tímida durante el largo estudio físico al que me sometió ese doctor, que también me hizo mil preguntas que contesté como mejor pude. Pero a pesar de todo no hablé como lo debiera de haber hecho. Me limité a morirme de la vergüenza a causa del pudor y de la rabia contenida. Ése había sido siempre mi problema: me había mantenido callada, había ocultado durante tiempo innecesario hechos que debían de haber sido voceados a pleno pulmón. Debo decir que aquel doctor hizo su trabajo de forma amable y correcta, pero ello no me dio el valor suficiente como para relatarle la espantosa violación. Nuevamente el silencio escondió ese episodio de mi vida. Sin embargo no escatimé palabras para relatar los horrores que vivía en casa y le expliqué que el lamentable comportamiento de mi familia me había llevado a escapar un par de veces, y que desde entonces vivía con miedo. Le revelé que nunca me había sentido amada por los míos, y que tenía la certeza de que jamás sería querida ni respetada entre ellos. Entonces aquel doctor concluyó que no debía seguir viviendo bajo el mismo techo que mis padres, llamó a la directora del centro y convinieron que lo mejor era avisar a Asuntos Sociales.

Pocos días después un coche de la Seguridad Social me vino a buscar a casa, Maggie me hizo una básica maleta y me metió en él a trompicones. En menos de media hora me encontré encerrada entre las cuatro paredes de un centro psiquiátrico situado a pocas millas de mi hogar, con tan sólo catorce años a la espalda y una lista bien larga de experiencias traumáticas colgando por el alma.

Allí fui sin duda alguna la paciente más joven de la clínica, una pobre niña de catorce años que viviría uno de los episodios más macabros de tan corta vida. Me atemoriqué tanto con aquello que, desde ese momento procuré mantenerme alejada de los doctores, de las enfermeras y sobre todo de los pobres pacientes que allí moraban. Me convertí en un ser solitario en extremo, procurando no intercambiar palabras más allá de las totalmente necesarias. ¡Deseé hacerme invisible a ojos de los demás, porque todo me daba miedo ahí dentro, María! Pensé que si me mantenía calladita y esquivaba las relaciones personales, poco se percatarían de mi presencia y menos problemas tendría para seguir cuerda. Tampoco hubiera sido fácil hacer amigos de haberlo deseado, pues todos los pacientes eran mucho mayores que yo y nada tenían en común conmigo. Había muchos ancianos con Alzheimer, desgastados por la vida y sin memoria ni voluntad, muchas mujeres con depresiones muy profundas, graves casos de neurosis, psicosis y esquizofrenia. Las razones de sus convalecencias se debían a traumas dispares,

a adicciones como el alcohol o las drogas y a desórdenes vivenciales de todo tipo (como las que me contó algún excombatiente de la guerra de Vietnam). Ahí aprendí lo que eran los verdaderos trastornos patológicos de la personalidad. Claro que muchos de esos tormentos no me fueron explicados... (¡Ni que los doctores tuvieran tiempo para mis preguntas!). Pero pude descubrir matices sobre tales trastornos agudizando la observación, afinando el oído y espiando las conversaciones de los médicos y visitantes que me cruzaba por los pasillos. Así me enteré de que Andrew, un muchacho de veinticinco años, era heroinómano, o de que Jackie, una anciana que dormía en el cuarto colindante al mío, sufría esquizofrenia desde su juventud. El centro abarcaba un espacio generoso y durante los tres meses que tuve que vivir allí llegué a conocer hasta treinta pacientes.

¿Que si me visitaron mis padres? ¡Ni una vez, María! ¡Qué va! Eso me produjo una pena muy grande... Ansiaba verlos, pues muy a pesar de todo lo que me hicieron sufrir bajo el techo de nuestro hogar, los amaba. Pero desolada, asustada y bloqueada como estaba, hubiera agradecido al menos una muestra de su cariño. No pudieron o no supieron dármele.

Sólo la hermana María Eloísa, la monja del colegio a quien tanto amaba, me vino a visitar a aquella prisión de las enfermedades. ¡Ah!, y también el párroco de la iglesia de mi barriada, el padre Allen. ¡Cómo disfrutaba con sus visitas! Solían llegar en momentos inesperados, y siempre me decían cosas bonitas, que me alegraban o me inundaban de esperanza. Me hablaban mucho de Dios, de su amor hacia mí, y me pedían mucha paciencia, aunque debo confesarte que en esa época, rota y confusa como estaba mi alma, no sentía ni deseos ni curiosidad por ir más a misa o por participar en ningún acto religioso.

En ese psiquiátrico sucedió algo que me ha marcado de por vida y que tuvo como protagonista a mi compañera de cuarto. Era una mujer bonita de mediana edad que padecía una grave depresión anímica que la tenía enganchada a medicamentos fuertes. ¡Vete tú a saber lo que la pobrecita cargaba por las venas! Bueno, el caso es que un buen día, estando yo tumbada en la cama mirando al techo y pensando en las musarañas, no fui capaz de percatarme de que se movía inquieta por el cuarto. ¡Todo fue tan rápido, María! Se acercó ágil como un monillo hacia la ventana, la abrió en un respiro y, ¡se tiró al vacío! ¡¡Casi se me mató allí mismo!!! Se salvó por un pelo, por gracia de Dios... Salté de la cama y comencé a pegar gritos desesperados. Los enfermeros no tardaron ni un segundo en llegar. ¡Benditos muchachos! Me puse a dar vueltas por el cuarto con la intención de esconderme bajo la cama y el personal no sabía si atender-

me a mí o a aquella pobre desgraciada, a la que, por cierto, no volví a ver... Sospecho que la debieron de encerrar en el piso superior del centro psiquiátrico, ya que era allí en donde se trataban las enfermedades más peligrosas y en donde encerraban a los suicidas y los esquizofrénicos.

Pero ésa no fue ni la única, ni la primera desgracia que presencié. Recuerdo a una pobre monjita... Era una mujer anciana, también víctima de una depresión feroz. Solía encerrarse en el baño durante días, por lo que al director del centro no le quedaba más remedio que llamar a los bomberos para que derribaran la puerta con un hacha. La tenían que traer de fuera porque en la clínica estaba totalmente prohibido tener un arma semejante. Qué cosas, María... Qué frágil es la mente humana y cuánto dolor hay en el mundo. ¿Por qué el hombre se hace tanto daño? ¡Oh, cuánta gente rota vivía en aquel horrible lugar colmado de enfermedades!

¿Te he relatado que allí tuve una admiradora? ¡Oh, sí! Una tristeza muy grande, niña... Se trataba de una pobre mujer perdida en su propia locura que en cuanto me veía por algún pasillo se me acercaba sigilosa y me susurraba: «Tienes unos labios preciosos...». Yo agradecía inocentemente su pequeño piropo. ¡Cómo iba a saber qué tipo de intenciones tendría aquella joven! Hoy rezo con todo cariño por todas aquellas pobres almitas que vivían un auténtico purgatorio aquí en la tierra, y que sufrían a raudales. A veces me pregunto qué habrá sido de todos ellos y si los doctores habrán sido capaces de curar, o al menos aliviar sus terribles enfermedades mentales.

¿Quieres que te hable un poco de los médicos? Como me dices que eres hija de psiquiatra... ¡Ah, los doctores! Esos profesionales formaban parte de otro doloroso capítulo en esa extraña estancia en el infierno... Recuerdo haber visto muchas veces a pacientes desaparecer tras una puerta de hierro. Llegaban atados a una camilla con grandes tiras de tela blanca acolchada y salían unos pocos minutos de ahí totalmente embobados, con la mirada perdida y rostro alorado. Parecían zombis... ¡Pobres enfermitos! Nadie puede saber lo que verdaderamente se sufre padeciendo una enfermedad mental hasta que no tiene contacto con pacientes que las padecen. Es algo horrible... Sólo después de unas semanas alguien me dijo que tras aquella temible puerta de hierro se escondían los cables y utensilios para realizar los electroshocks. Por lo visto esa máquina espantosa era capaz de aliviar la enfermedad, aunque se cargaba ciertas neuronas que a su vez dañaban los registros de la memoria de manera definitiva. ¡La medicina a veces es muy dura, María! Gracias a la protección del Señor jamás fui sometida a aquel tipo de cura y hasta el día de hoy se lo

agradezco, pues no sé qué tipo de trauma hubiera padecido de haber tenido que atravesar aquella temible puerta de metal.

A veces me preguntaba si sería capaz de sobrevivir en aquella clínica. Me atemorizaba pensar que podría acabar padeciendo alguno de aquellos misteriosos trastornos, o si pudiera contagiarme de algún paciente. Pero librarme de la locura no evitó que pudiera esquivar otra enfermedad, la mononucleosis, que hincó sus dientes en mi organismo y me tuvo frita durante largas semanas. Por su causa me atiborraron de pastillas que me hacían sentirme alelada, demasiado tranquila o drogada... ¡Yo no era violenta, pero me llenaron las tripas de pastillas que, por alguna razón que desconozco, me tenían todo el día medio sonámbula y sosegada en extremo! Parecía que soñaba despierta. Fue mucha la pena que me embargó durante aquellos días, aunque no todo fue malo. Por ejemplo ahí conocí y simpatiqué con un psiquiatra que me trató con mucho respeto y dignidad. Pobrecito... Cada vez que leía mi informe médico me llamaba luego para charlar. Un día, mientras yo intentaba contestar a sus dulces preguntas me sorprendió con una reacción inesperada que aportó mucho desasosiego.

—Anne Sophie, tienes que saber que mi opinión personal sobre tu caso es que no deberías estar aquí. He concluido que no estás loca, sino sólo rota por dentro debido a las atrocidades que te han sucedido en la vida. Es tu pobre madre la que debería estar ingresada en este lugar, pues creo que está desequilibrada...

¡Me lo soltó de golpe, María! Debo reconocer que noté cómo una gran carga se me liberaba de la espalda, y que todo un pedrusco lleno de recuerdos y rencor se elevaba hacia el infinito desde lo más profundo de mi corazón. ¡Al fin alguien descubría la realidad sobre mi propia existencia!

—Anne Sophie —continuó, dejando resbalar unas gafitas redondas sobre una nariz eterna, mientras firmaba un motón de papelajos que hacían referencia a mi diagnóstico—. Como profesional de la medicina, no encuentro ningún rastro de enfermedad mental en ti, por lo que voy a procurar que salgas de este lugar cuanto antes.

En ese precioso y perfecto momento supe una cosa, María: que jamás volvería a pisar un hospital como aquél. No sabía cómo me las apañaría, ni de qué manera me escabulliría de esa atrocidad equivocada si volviera a repetirse en el futuro, pero supe de inmediato que no lo permitiría más. Ahora tenía la certeza de que me separaba un universo de aquellos pobres enfermos y de que jamás debía de haber sido sometida al error de ser encerrada en una clínica psiquiátrica. Hoy veo de nuevo la mano de Dios en

todo aquello, pues me cuidó y protegió a través de la sabiduría y conocimientos de ese doctor que tanto me ayudó.

Pocos días después de escuchar mi diagnóstico me enteré de que mis padres me habían rechazado como hija, que no deseaban mantenerme ni proporcionarme más educación académica. Un asistente social vino un día a mi cuarto y me soltó sin preámbulos la espantosa realidad de haber sido presentada ante el estado de California como una adolescente no deseada por su familia biológica. Desde ese momento algo se me rompió por dentro. La cadena del amor que aún sentía por mis padres se hizo al fin añicos... No sé qué fue peor: si la mononucleosis o semejante bofetón en la base de mis sentimientos. «De aquí marcharás pronto a un hogar nuevo, Anne Sophie», me dijo con voz lastimera cuando vio que nada respondía.

Y así mi nuevo destino fue fijado y pasé a depender durante unas semanas del cuidado del Estado, quien me colocó provisionalmente en un centro de acogida de menores. Retengo aquellos días de forma confusa debido al mucho traqueteo de papeles y legalidades que rodeó mi estancia. Todo eran preguntas en ese lugar. «¿Y desde cuándo se siente usted maltratada físicamente en su casa?»; «¿la defendía algún miembro familiar?»; «¿era correctamente alimentada?». Y tras un sinfín de tests llegó de sopetón el juicio en el que delataría los horrores vividos junto a Maggie, Tom, Bruce, Elsa y Alex... Mi memoria me trae recuerdos confusos de aquel juicio. A veces me sobresaltan durante el sueño y despierto con el pijama empapado en sudor. En las pesadillas regresa a mi mente la crucial pregunta que aquel juez dirigió a mi madre:

—¿Está usted segura que desea liberarse de toda potestad como madre de su hija biológica Anne Sophie Saunders?

La respuesta que Maggie escupió llegó en una milésima de segundo, sin resquicios de dudas ni arrepentimiento.

—Sí, renuncio a todo derecho emocional, personal y económico sobre esta niña desde hoy y para siempre.

Después el juez repitió la pregunta a mi padre quien contestó que todo lo que había respondido su esposa le parecía correcto y que él también renunciaba a su paternidad sobre mí. No tengo palabras para describirte el dolor que punzó mi corazón al oír estas afirmaciones. A los pocos minutos de recibir la sentencia un alguacil me condujo a una celda de las que están situadas bajo los tribunales. Era bajito y sonreía con ternura.

—Ahora es oficial, pequeña —me dijo—. Legalmente, ya no tienes padres. El Estado es tu padre. Él cuidará de ti desde ahora...

Y así, después de padecer una tortura durante muchos años, una extraña realidad caló dentro de mí: ya no regresaría nunca a mi antiguo hogar, ni viviría bajo el mismo techo que mis padres, ni volvería a ver a Bruce, ni a Elsa o a Alex. «¿Pero dónde viviré?», me preguntaba una y otra vez. «¿Volveré a ver a Maggie y a Tom?; ¿pasaré hambre a partir de ahora?; ¿quién me alimentará...?». Ya te puedes imaginar lo mucho que cavilé sobre mi futuro, nena.

Después de dos horas papá bajó a buscarme acompañado por dos oficiales y una funcionaria de Servicios Sociales, que me pidió que firmara un montón de documentos, cosa que hice a prisa y sin leer.

—Ahora tu vida va a cambiar mucho, Anne Sophie —me dijo antes de estrecharme la mano y perderla de vista tras los pasillos de los tribunales.

Tom se quedó junto a mí y me señaló una maleta que había traído consigo que supuse contenía mis pocas pertenencias.

—Vamos —dijo sin mirarme a los ojos—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Pero adónde vamos, papá? —pregunté con un hilillo en la voz mientras le seguía hacia la puerta de los juzgados. Pero Tom no contestó. Se limitó a dar grandes zancadas frente a mí sin pronunciar palabra alguna hasta que llegamos a nuestro coche, estacionado a un par de manzanas. Abrió la puerta del acompañante y me invitó a entrar con un gesto de la mano. Después se sentó frente al volante y emprendimos un camino desconocido para mí. Y así llegué en silencio y con el corazón en un puño a una barriada de la parte sur del Valle de San Joaquín.

Tom paró frente una casa de aspecto sucio y desangelado.

—Baja Anne Sophie —dijo mirando hacia otro lado.

—¿Dónde estamos, papá? ¿Es acaso éste mi nuevo hogar?

—Tú lo has dicho, nena —contestó cargando mi maleta y dirigiéndose a paso ligero hacia la puerta. Aún me parece recordar el sonido de sus zapatillas de goma al chochar contra los escalones de madera de ese porche despellejado por el abandono.

Papá tocó al timbre y esperó a que alguien abriera. Una mujer de aspecto desaliñado, descalza y vistiendo una blusa llena de lamparones abrió suavemente la puerta.

—¿Qué desean? —dijo desprendiendo un aliento impregnado de brandy barato.

—Soy Tom Saunders y vengo a traer a Anne Sophie.

Me sobrecogió escuchar su áspero tono. ¡Ni siquiera había dicho que era su hija!

—¡Oh! —contestó aquella mujer haciendo una extraña mueca al sonreír—. Estaba esperándote, nena... Pasa.

La mujer se volvió y comenzó a andar a trompicones hacia el pequeño salón de su residencia. Tom la siguió un par de metros y una vez dentro dejó mi maleta sobre una alfombra de pelo alto y color indescriptible. Después giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, la atravesó y la cerró suavemente tras de sí. Me quedé ahí parada, fría como el hielo y sin sentir apenas el latido de mi corazón.

«Dios mío, creo que voy a formar parte de este nuevo hogar», pensé atemorizada mientras escuchaba tartamudear a aquella extraña mujer a causa de su borrachera desde el fondo de su sucia cocina. «Me pregunto qué tipo de destino me esperará aquí...».

Qué poco sospechaba que en pocas horas aquel hogar sería testigo de un aberrante abuso cuya consecuencia sería la gestación y el posterior asesinato de una vida inocente.